

# Entre la ilustración y el liberalismo: Úbeda en la obra del historiador Miguel Ruiz Prieto y la Hemeroteca Local

«El recuerdo es el único paraíso del cual no podemos ser expulsados».

J. P. RICHTER

Para Clara Vilar Atienza. In memoria.

MARÍA ANTONIA BONACHERA VILAR. Universidad Carlos III. Madrid  
ADELA TARIFA FERNÁNDEZ. Instituto de Estudios Giennenses. Jaén

## EXTRACTO

En este trabajo se estudian las aportaciones que hizo el historiador ubetense del siglo XIX Ruiz Prieto para entender la época de la historia de Úbeda que va desde finales del XVIII al desastre colonial de 1898. Se analizan las tesis historiográficas recientes referidas a la ciencia histórica y se contrastan con la metodología que utilizó Ruiz Prieto en su obra escrita. También se aportan datos biográficos del personaje y se inserta un anexo documental referido a su vida y a su obra. Las fuentes consultadas son históricas e historiográficas, prestando especial relevancia a los datos que ofrece la prensa ubetense de finales del siglo XIX.

## ABSTRACT

In this paper, contributions made by 19<sup>th</sup> century history researcher, Mr Miguel Ruiz Prieto, are studied in order to understand the history of Úbeda in the period of time between the end years of 18<sup>th</sup> century and the 1898 colonial disaster. Recent historiography thesis referred to historic sciences are analysed and compared to the methodology used by Mr. Ruiz Prieto in his published works. Moreover, biographical data from this person are added and a documental appendix referring to his life and work has been inserted. All checked sources are historic, paying special attention on the data provided by press made in Úbeda in the end of the 19<sup>th</sup> century.

## LOS MANUSCRITOS DE RUIZ PRIETO: DESDE UN ARCA CON TRES LLAVES A LA IMPRENTA

El viernes 14 de abril de 1899, el mismo día en que un siglo después comenzaría la breve historia de la Segunda República Española, cuando todavía sangraban las heridas del desastre colonial del 98, la prensa de Úbeda se hacía eco del fallecimiento de don Miguel Ruiz Prieto. Un ilustre abogado y periodista de la época, Manuel Muro<sup>1</sup>, le dedicó una emotiva columna en el periódico *El Ideal Conservador*. Este texto, que reproducimos en el anexo documental, ponía de manifiesto vagos detalles de la vida de este historiador ubetense. Un hombre que pasó por la vida intentando pasar desapercibido.

<sup>1</sup> Manuel Muro García había nacido en Cazorla, el 12 de noviembre de 1876. Casi toda su vida la pasó en Úbeda, ciudad en la que contaba con grandes afectos. Fue un hombre de grandes inquietudes intelectuales: abogado, licenciado en Filosofía y Letras, historiador y periodista. Ocupó cargos políticos (fue diputado provincial) y obtuvo reconocimientos múltiples por sus trabajos, nombrado académico de la Historia, y de Bellas Artes. También fue cronista de Úbeda. Murió en esta ciudad en 1929. Puede verse sobre él: «Los cronistas locales. Manuel Muro, cronista de Úbeda», *Don Lope de Sosa*, II, 1914, nº XIX, p. 2002; J.A. MORENO: «Glorias que se van: Manuel Muro García ha muerto», en *Don Lope de Sosa*, XVII, 1929, nº 200, pp. 227-230; G. TORRES NAVARRETE: «los cronistas oficiales de Úbeda», *Ibiut*, 1983, nº 7, pp. 89, y M. SALAS CABALLERO: «Semblanza de don Manuel Muro», *Ibiut*, 1990, nº 52, pp. 4-5, y nº 53, pp. 4-5. También A. VALLADARES REGUERO: *Temas y autores de Úbeda*, Úbeda, 1992, pp. 425-426.

Sobre la trayectoria vital de Ruiz Prieto, muy poco conocida hasta fechas recientes <sup>2</sup>, el periodista citado aludía a sus muchos méritos profesionales, jubilado como Teniente Coronel de Infantería, y realizaba su importante actividad intelectual. En relación a este último aspecto, que es el que ahora nos ocupa, Manuel Muro escribió esto: «Entre la infinidad de apuntes sueltos y notas dispersas, ha dejado concluidas una *Historia Eclesiástica de Úbeda* y una *Historia General de la misma ciudad, ambas inéditas, las cuales revelan la asiduidad y paciencia de su autor. Ignoramos cual sea su última voluntad respecto a dichas obras tuyas pero sería muy de desear que fueran a parar a manos de persona inteligente, versada en ciencias históricas, y que conociera, especialmente, la historia de nuestro pueblo, pues así es posible que alguna vez vieran la luz pública aquellos importantes trabajos, perfectamente limados y depurados, y de tal suerte no resultara estéril e infructuosa la labor del Sr. Ruiz Prieto, el cual, aficionado también a la Arqueología, a la Numismática y a las Ciencias Naturales, llegó a reunir un buen número de objetos prehistóricos y de monedas antiguas, y una preciosa colección de conchas de verdadero mérito»<sup>3</sup>. Desconocemos el destino que tuvieron aquellas magníficas colecciones arqueológicas que atesoró en vida Ruiz Prieto aunque sospechamos que nada queda de ello. Afortunadamente sí se conservaron sus escritos, que compró a la familia el Ayuntamiento de Úbeda. Estos escritos permanecieron muchos años inéditos, en el lugar que todavía hoy tienen asignado: la histórica «arca de las tres llaves» que está en las dependencias del Ayuntamiento de Úbeda. Allí durmieron estos papeles cargados de memoria hasta 1982, año en que se editaron completos por vez primera. Aunque antes, a modo de fascículos coleccionables, se había realizado una primera edición incompleta que tuvo como promotor al humanista giennense Alfredo Cazabán Laguna.*

Esta iniciativa de Cazabán, muy valiosa, desgraciadamente se quedó a medio camino. Sí se publicaron los cuadernillos de la primera parte de la obra con un formato que indicaba la idea de Cazabán: paginarlos convenientemente para que pudieran encuadernarse al término de la pu-

blicación. El ambicioso proyecto de una obra que hubiera tenido tres voluminosos tomos, en «papel satinado superior y con caracteres nuevos... distribuidos en 40 o 42 pliegos de impresión de 16 páginas...» quedó muy menguado finalmente, aunque sí salió la edición de lujo que se publicaba en la propaganda inicial, que fue de 25 ejemplares «numerados y con el nombre del suscriptor en la primera página, empleando papel vergé y versales de cabeza de capítulo fundidas expresamente». El precio de la edición económica era la mitad que el de la de lujo: los cuadernillos se vendieron a 50 céntimos y a una peseta los de lujo. Pero no vieron la luz los tres tomos anunciados. Tampoco se cumplió la previsión de que el propio Cazabán realizara un detallado prólogo y la biografía de Ruiz Prieto al término de la edición, y quedó en el tintero editar una gran parte de los manuscritos originales, caso de la miscelánea histórica que abordaría el tema de las fiestas, supersticiones, callejeros, fiscalidad, instrucción pública, etc. Los motivos de este cambio respecto al ambicioso proyecto inicial no los sabemos con certeza: cabe imaginar que pudiera deberse a problemas de presupuesto o a que la empresa desbordara la capacidad de Cazabán, hombre que abarcaba muchos asuntos relacionados con la cultura de la provincia. De este modo una parte de los manuscritos de Ruiz Prieto tuvieron que esperar mejor ocasión.

Mientras llegaba tal oportunidad se produjo la aludida compra de la obra realizada por el ayuntamiento a una de las sobrinas carnales del

<sup>2</sup> En 1999 nos encargó la Universidad de Granada el Estudio preliminar de la *Historia de Úbeda* de M. Ruiz Prieto. Además de comentar la obra y aportar ilustraciones a la época estudiada, procedimos a elaborar su biografía. Fue una empresa complicada, pues este personaje era poco dado a hablar de sí mismo y no dejó descendientes directos. Pese a esta dificultades pudimos localizar en los archivos locales, y en otros de diversas localidades españolas, datos suficientes para realizar dicha biografía, publicada en 1999 por iniciativa del Ayuntamiento de Úbeda y de la Universidad de Granada. que puede consultarse en M. RUIZ PRIETO: *Historia de Úbeda* (publicada por A. Cazabán), Estudio preliminar de A. Tarifa Fernández, en la colección Archivum, Univ. de Granada, Granada, 1999, pp. IX-CLI.

<sup>3</sup> *El Ideal Conservador*, Úbeda 14 de abril de 1899 (archivo privado de L. Monforte).



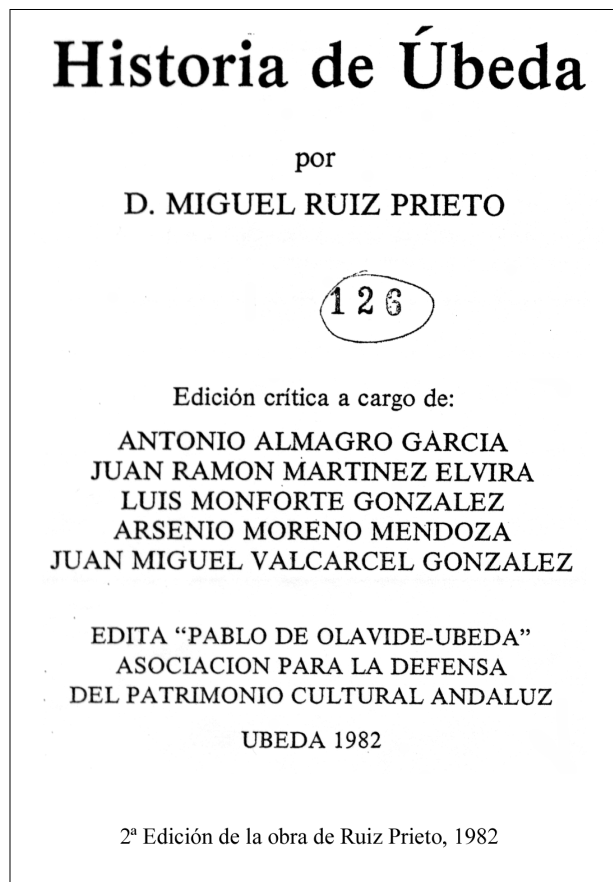
Primera edición de la obra de Ruiz Prieto

historiador. Esta sobrina, María Ráez, casada con un profesor de dibujo de la Escuela de Artes y Oficios de Úbeda, vendió los escritos de su tío en agosto de 1926 por la cantidad de mil quinientas pesetas. La intención del ayuntamiento era editar la obra completa en breve plazo pero tampoco cuajó ese proyecto: los manuscritos de Ruiz Prieto empezaron un largo sueño en el arca de las tres llaves<sup>4</sup>. Un sueño afortunado después de todo pues posiblemente este arca los salvó de la quema, destino que tuvieron infinidad de fondos documentales de los archivos de Úbeda durante la guerra del 36.

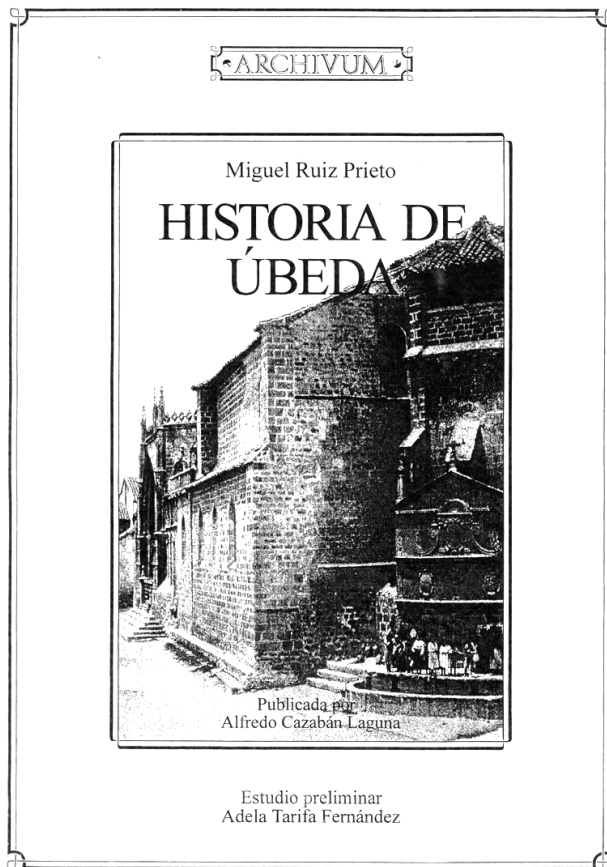
Terminada la guerra civil hubo un intento nuevo para publicar los escritos de Ruiz Prieto: en 1940 siendo alcalde Lorenzo Lechuga, se acometió la labor de mecanografiar la parte de esta obra que había quedado inédita. El propio alcalde hizo esta tarea y de ella hay alguna copia en Úbeda, pero la edición no fue posible. No esta-

ban los tiempos para gastos en el ayuntamiento ubetense de la posguerra; la reedición tendría que esperar. Y esperó muchos años.

La siguiente edición, muy limitada en la tirada, se hizo en 1982 por iniciativa de la asociación «Adelpha-Úbeda». El libro lo editó la asociación «Pablo de Olavide». No fue una edición facsímil de la de Cazabán pero sí sacó a la luz la parte inédita. Su estudio introductorio fue muy breve y no se acometió elaborar la biografía del autor. Pasarían luego bastantes años hasta que la obra de este importante escritor ubetense alcanzara una proyección extraprovincial, en la reedición de la obra que se hizo por iniciativa de la universidad de Granada, con la colabora-



<sup>4</sup> Detalles de esta venta al ayuntamiento pueden verse en G. TORRES NAVARRETE: «Los cronistas oficiales de Úbeda I», *Ibiut*, año II, nº 6. Hemos sabido que en 1930, por iniciativa de Rafael Gallego Díaz y del Ayuntamiento se intentó realizar esta reedición, pero tampoco se materializó el proyecto.



3ª Edición de la obra.  
Universidad de Granada y Ayuntamiento de Úbeda

ción de ayuntamiento de Úbeda en 1999: era la tercera edición de los manuscritos de Miguel Ruiz Prieto, en la que tuvimos el honor de colaborar realizando el Estudio Preliminar y seleccionando las ilustraciones que acompañan al libro *Historia de Úbeda*, editada en la colección *Archivum* de la Universidad de Granada. Al realizar este trabajo pensamos que por fin se había hecho justicia a la memoria de Miguel Ruiz Prieto y recordamos las palabras que le había dedicado tras su muerte el periodista Manuel Muro, con el que comenzábamos este artículo. Él, que al menos tuvo la satisfacción de ver cómo salía a la calle la primera edición con parte de los apuntes históricos de Ruiz Prieto, se hubiera sentido feliz al constatar que sus agudas impresiones sobre el interés que tendrían los manuscritos de Ruiz Prieto para generaciones posteriores eran muy acertadas y sobre el gran mérito que tuvo este cronista de Úbeda, al que se refiere así: «Afi-

*cionado constante y devotísimo de la buena lectura, el Sr. Ruiz Prieto. Sin hacer ningunos estudios oficiales, sin ostentar título alguno académico, llegó a poseer conocimientos nada comunes en asuntos históricos y una extensa y variada cultura general relativamente profunda que hacía su conversación interesante y amena... Descanse en paz el bravo soldado, el trabajador infatigable, el amigo leal, el hombre modesto, enemigo de aparatosas exhibiciones, cuyo rasgo característico fue la constancia en el trabajo. Lamentamos hondamente la pérdida del amigo y acompañamos a su familia en el justo dolor que la embarga, pidiendo al propio tiempo al altísimo por la salud del alma del finado»<sup>5</sup>. Hermosa despedida de un hombre bueno a su leal amigo. Palabras cargadas de sentimiento que nos invitan a la reflexión en estos tiempos de crisis de las humanidades. Tiempos en los que se publican muchos libros pero se lee poco y se desprecia la cultura de la disciplina y el esfuerzo en la que se formó Miguel Ruiz Prieto, el primer archivero que tuvo la ciudad de Úbeda.*

En este trabajo pretendemos acercarnos a las aportaciones que hizo el historiador Ruiz Prieto para entender una época de Úbeda: desde finales del XVIII al desastre colonial de XIX. Vamos a aproximarnos a las tesis historiográficas recientes referidas al valor de la historia. Vamos a dar algunas pinceladas sobre la vida y la obra de este personaje jiennense decimonónico y vamos a enlazar los datos que él nos dejó escritos referidos a «su tiempo presente» con lo que sobre aquellos años nos cuenta la prensa local de Úbeda.

Nuestras fuentes de información serán muy diversas: archivísticas, historiográficas y fondos de la hemeroteca. Para elaborar este trabajo recurrimos fundamentalmente a los datos que aporta este historiador ubetense y a otros obtendremos de la prensa local de la época. También recabamos noticias procedentes del expediente militar de Ruiz Prieto conservado en el Archivo Militar de Segovia y aportamos noticias que proceden de la consulta de libros eclesiásti-

<sup>5</sup> *El Ideal conservador*, artículo de M. Muro, 14 de abril de 1899.

En las reformas de la materia de la...

Unos señores que han de constituir...

Los señores que han de constituir...

Los señores que han de constituir...

El señor ministro de Gracia y Justicia...

El señor ministro de Gracia y Justicia...

El señor ministro de Gracia y Justicia...

El señor ministro de Gracia y Justicia...

El señor ministro de Gracia y Justicia...

El señor ministro de Gracia y Justicia...

El señor ministro de Gracia y Justicia...

El señor ministro de Gracia y Justicia...

El señor ministro de Gracia y Justicia...

El señor ministro de Gracia y Justicia...

El señor ministro de Gracia y Justicia...

El señor ministro de Gracia y Justicia...

mite realizar un breve apunte histórico sobre la prensa jiennense decimonónica y, más particularmente, sobre los periódicos que se editaban en Úbeda en tiempos de Miguel Ruiz Prieto.

UNAS CONSIDERACIONES INICIALES SOBRE LA HISTORIA DE ÚBEDA DE MIGUEL RUIZ PRIETO

Cualquier lector que se acerque hoy a la historia que dejó escrita Miguel Ruiz Prieto percibirá que estos documentos no se ajustan estrictamente lo que se entiende actualmente como un método histórico científico. Sin embargo al contrastar su obra con otras historias locales de aquellos años hay que afirmar que estamos ante un buen historiador que hizo una buena «historia posible»7. Ruiz Prieto fue fiel a una larga tradición historiográfica que valoraba la historia local y que, desde ella, se aproximaba a una imagen de la historia de España unitaria, en la que se ensalzaban valores éticos universales como la paz, la convivencia, el respeto a las tradiciones y el orgullo de sentirse español. Hoy todo eso ya no está de moda. Pero hoy no es ayer.

Tengamos presente que Ruiz Prieto no pasó por al Universalidad antes de hacerse historiador. Eso sí que se nota, pero también se nota que poseía una notable cultura en el conocimiento de la historia general de España. Otro mérito más es el haber escrito sabiendo para quién escribía: era consciente de la baja formación cultural que tenían muchos de los lectores de la Úbeda decimonónica. Unos lectores a los que él pensaba captar para que entendieran sus escritos. Por eso explica todo con paciencia y evita recurrir a ciertos tecnicismos que, sin duda, a él le resultaban familiares8. Aparcó pues su vanidad al servicio de la mejor divulgación de la historia de

6 Hemos localizado las partidas de bautismo y defunción en el archivo parroquial de San Nicolás. La partida de su matrimonio se encuentra en el archivo parroquial de S. Pablo.

7 Puede verse A. BENÍTEZ CANO: «La historia posible», Actas de Hespérides, Huelva, 1988, pp. 9-12.

8 J. PRO RUIZ: «Sobre el ámbito territorial de los estudios de historia», en Historia a debate, T. III, Santiago de Compostela, 1992, pp. 63 y ss.

Página del periódico El Ideal Conservador con un artículo a la memoria de Miguel Ruiz Prieto (14-IV-1899. Archivo de L. Monforte).

cos parroquiales de la ciudad de Úbeda6. Para cubrir los objetivos trazados iniciamos nuestro trabajo realizando unas consideraciones previas sobre La historia de Úbeda que escribió Ruiz Prieto; haremos una valoración que tienen las Historias locales a la hora de reconstruir nuestro pasado; comentamos la mentalidad de historiador que tenía Ruiz Prieto y construiremos un puente que nos permita realizar un recorrido por la vida y en tiempo histórico de este escritor. En la siguiente fase del trabajo trataremos unas pinceladas que ilustren la imagen que da Ruiz Prieto sobre Úbeda entre la Ilustración y el Liberalismo, cerrando la investigación de la mano de la prensa local, para cubrir los silencios que dejó este cronista en o relativo al tiempo que él vivió. Así las breves noticias que el nos ofreció del final dramático del siglo XIX español, más cargado de silencios que de voz en sus escritos, en un acto seguramente premeditado, nos llevará a buscar datos en la prensa local. Ello nos per-

su pueblo, regalando a sus paisanos el goce de conocer las excelencias que tenían sus antepasados, unos hombres honestos, leales y valientes. Esto a la altura de 1898, en plena crisis de las conciencias tras el desastre colonial, era un buen regalo para los ubetenses. Y un mérito más: en este libro hay medida literaria; no se abusa de la fácil lisonja y se busca el equilibrio entre el relato frío, objetivo de acontecimientos históricos y el calor humano que desprenden sus protagonistas, los hombres y mujeres que habitaron en Úbeda desde la noche de los tiempos hasta finales del XIX<sup>9</sup>, cuando el autor concluye esta crónica.

La *Historia de Úbeda* de Ruiz Prieto se inscribe pues en el modo propio de escribir la historia que tuvieron la mayoría de los escritores del siglo XIX. En consecuencia, si nos aproximamos a este libro con una visión crítica y comparativa respecto a las tendencias científicas actuales aplicadas al ámbito de la Historia, cabe afirmar que estamos ante métodos ya desfasado historiográficamente. Pero, como hemos advertido, cosa bien distinta en situarnos en aquella época y comparar esta historia local con otras del momento. En tal caso hay que afirmar sin temor a equivocarnos que estamos ante una de las mejores crónicas de la historia local escrita por investigadores autodidactas del XIX. De hecho todos los historiadores que han seguido investigando en temas de historia de Úbeda han recurrido a este libro como fuente bastante fiable. En consecuencia, estamos ante un escritor autodidacta; ante un aficionado a investigar en la historia, disciplina a la que se aproxima tras haber leído muchos libros y haber ordenado y transcrito miles de documentos de los archivos de Úbeda. Un valor añadido a la labor que realizó en estos archivos es que algunos de los documentos que transcribió sólo se conocen gracias a él pues fueron terribles los expolios que padecieron los archivos ubetenses entre finales del XIX y la fecha actual.

Miguel Ruiz Prieto escribe básicamente basándose en lo que encuentra en documentos de archivo, aunque es evidente que para él tenía mayor relevancia unos papeles que otros. Por

eso el resultado de su obra es ante todo la elaboración de una historia-relato de relevante contenido político y escaso interés socioeconómico. Es decir, una historia literaria y narrativa, matizada con algunos rasgos pesimistas. No en vano bebe de fuentes de la historiografía clásica y enlaza estos datos con lo que le cuentan los documentos originales que encuentra en el Archivo Histórico Municipal de Úbeda. Su método para ordenar, por vez primera, aquel impresionante archivo también queda transparentado al hilo del relato: estamos ante un cronista-historiador que de modo paralelo va iniciándose en el oficio de archivero. Oficio difícil, que le desbordó y que hizo a su manera, con más voluntarismo que acierto, pero de un modo muy meritorio dados los pocos apoyos con los que contó.

Volviendo a su libro de Historia local, no puede afirmarse que esta obra sea totalmente «científico», en el más estricto sentido del término, pero sí que es de una inmensa utilidad para los científicos actuales que hoy quiere construir la historia de Úbeda. Cabe achacar a Ruiz Prieto como fallo que raramente entrara en el uso de métodos propios del verdadero historiador: no cuantifica series estadísticas, no interpreta ni se implica críticamente en los hechos relatados. Así para la escuela de los *Anales*, Miguel Ruiz Prieto sería un paradigma del concepto positivista de la historia tradicional. Pese a todo esta historia local no es una mera historia localista, pues es notable su permanente aproximación a la historia de España cuando relata acontecimientos sucedidos en Úbeda.

A la vista del modo en que Ruiz Prieto construyó sus relatos queda claro que estamos ante un gran lector de libros de historia y que sólo después de asimilarlos se atrevió a escribir una historia de su pueblo. En ello se separa del método propio de la mayoría de los historiadores locales autodidactas que raramente se preocupan por relacionar la historia de su pueblo con lo que acontece en el resto de España. Dando por sentado que Ruiz Prieto leyó mucha histo-

<sup>9</sup> Una visión de final de siglo en M. TUÑÓN LARA: *España, la quiebra de 1898*, Madrid, 1986.



Plano de Úbeda. Primer tercio del siglo XX

ria otra cuestión distinta sería averiguar qué tipo de libros que le gustaba leer a este personaje, militar de profesión e historiador por devoción. Esta cuestión es relevante dado que, como hemos advertido antes, Ruiz Prieto no pasó por la universidad y que fueron esos libros los que le formaron para hacerse historiador. Por la citas que hace y por el método que utiliza, es claro que le atrajeron los viejos cronicones y que la historia político-militar era su preferida, pero también tenía formación en temas artísticos, geográficos y etnológicos. Era pues un aficionado a estudiar temas que actualmente se integra dentro del área de la llamadas Ciencias Sociales aunque desconocía la metodología que hoy se requiere para investigar en este campo.

Sin renunciar a ejercer la crítica sobre el fondo y la forma que Ruiz Prieto dio a su relato histórico, cosa que haremos, para empezar a valorar lo que nos dejó escrito hemos de reiterar lo antes apuntado: que gracias a él se salvó

una parte de la memoria colectiva del pueblo de Úbeda. Ello es así, entre otros motivos, porque los avatares oscuros de la historia que vino tras él elevaron sus manuscritos a la categoría de «fuente primaria» pues en muchos casos las transcripciones que pacientemente realizó de documentos inéditos de los archivos locales son hoy las únicas que queda. Valga como triste prueba de lo que afirmamos las hogueras que se hicieron en la Plaza de Santa María el año 36 en las que grupos incontrolados de republicanos quemaron casi todo el archivo de la Iglesia Colegial, por mencionar sólo un ejemplo puntual de lo que fue aquella catástrofe para el patrimonio documental de Úbeda<sup>10</sup>. Por este motivo los escri-

<sup>10</sup> Para más datos remitimos a J. PASQUAU: *Biografía de Úbeda*, Úbeda, 1989. También en A. TARIFA FERNÁNDEZ: «La Semana Santa de Úbeda. La Historia de la Cofradía de nuestro Padre Jesús Nazareno en sus actas Capitulares», en VV.AA: *Archivos y fondos documentales para la historia de la Semana Santa de Andalucía*, Málaga, 2003, pp. 2003; «Los fondos documentales del archivo conventual de la Purísima»

tos de Ruiz Prieto son el último testimonio de una parte de la historia de Úbeda definitivamente perdida. Por este motivo estamos ante un libro de historia que tiene múltiples ángulos de valoración. Pero ¿qué valoración hace Ruiz Prieto de la disciplina histórica?

## EL CONCEPTO DE DISCIPLINA HISTÓRICA EN RUIZ PRIETO

No siempre se ha entendido el método de disciplina histórica con criterios similares a los actuales. También nosotros hemos de aceptar el hecho cierto de que pasados unos años todas «nuestras historias», las construidas con los rigurosos métodos presentes, acaso no serán bien valoradas. Y es que, como sucede en todas las ciencias, el cambio en el tiempo es uno de sus elementos fundamentales. Y ese cambio también afecta al método.

La historia, que es el arte de discurrir sobre el pasado; el arte de conciliar minuciosidad y rigor, para construir una trama coherente, que interprete los hechos de una manera entendible al lector, hoy ha evolucionado en la búsqueda de nuevas metas; de nuevos objetivos. En este camino se han dado giros a veces de ciento ochenta grados: se ha buscado lo cuantificable, se ha renunciado a considerar la cifra una categoría suprema, y se ha girado de nuevo hacia nuevos meandros que conduzcan a la llamada «historia total». Entre tantas vueltas y revueltas a veces se pierde el norte de lo que se pretende lograr. A veces, en ese camino, muchos ciudadanos normales se escapan del hábito sano de leer libros de historia porque no los entienden. Así de simple: no son capaces de seguir las complejas explicaciones que aplican los padres de las nuevas escuelas historiográficas cuando escriben libros dirigidos más que a construir a destruir, lanzando ataques duros contra cualquier escritor autodidacta que se atreva a redactar una historia de su ciudad recurriendo al método más sencillo: la cronología como espina dorsal; la narrativa política como fundamento, la tradición como atractivo y la anécdota como aditivo para

captar al gran público. Como eso no es «ciencia histórica», muchos han optado por darle forma novelada, temiendo sufrir las críticas de los grandes sabios de la historia que viven en el Olimpo. El resultado de ello es que cada vez se leen menos libros buenos de historia y se compran más novelas históricas, no siempre buenas. Precisamente el mérito de historias como la que escribió Miguel Ruiz Prieto es que todos la entendían y que muchos de sus lectores, apasionados por los fascículos que sacaba Cazabán, fundían realidad y ficción, esperando con ilusión cada nueva entrega, que se vendía a 50 céntimos a principios del siglo XX. Ruiz Prieto, que nunca se planteó en qué escuela historiográfica se le encuadraría, que nunca pasó por la universidad ni obtuvo un título oficial, difundió más la historia de Úbeda en tiempos de analfabetismo generalizado que lo que se hace hoy cuando muchos «científicos» rigoristas la escriben ajustándose a métodos correctos pero pocos ciudadanos «titulados» se interesan por aprenderla. En consecuencia, si los historiadores y los periodistas actuales aceptamos que en algo nos estamos equivocando, pues en el tiempo presente no sobran los lectores apasionados por los temas de historia, antes que atacar a los viejos cronistas por sus fallos metodológicos acaso deberíamos destacar las virtudes que tenían sus escritos cuando fueron capaces de tener tanta difusión en épocas de grandes dificultades económicas y de muchas carencias editoriales. Por ello, si no queremos que la historia y el periodismo lo sigan haciendo los que no son historiadores ni periodistas, deberíamos buscar el punto de encuentro que permita hacer atractivas e inteligibles las publicaciones actuales de historia a cualquier ciudadano.

Concluimos esta aproximación al pensamiento que tenía Ruiz Prieto sobre la importan-

---

ma concepción, Carmelitas Descalzac, de Úbeda», en *actas XIII congreso de Hespérides: Archivos andaluces*, Osuna, 1996, Sevilla, pp. 121-133, y A. TARIFA y A. LINAJE: «Crónica de un convento de clausura durante la guerra civil. La comunidad de Santa Clara de Úbeda de 1936-1942», en *Boletín IEG*, nº 153, homenaje a Manuel Caballero Vénzala, 1997, pp. 43-60.



cia que tiene la disciplina histórica de una manera rotunda: quien dedicó una gran parte de su vida a leer y escribir historia, a trabajar en un archivo sin percibir sueldo y a formar una buena biblioteca, es evidente que tenía claras las ideas sobre el valor que tiene la historia. Creemos es sería una injusticia y un imperdonable error minusvalorar sus méritos. Como es un grave error descalificar los estudios de historia local que realizaron tantos cronistas de antaño. No es nuestra norma recurrir a la descalificación ni leer lo que otros escriben con mente inquisitorial. Los que así lo hagan acabarán quemándose en su propia hoguera. Afirmamos pues que para los investigadores actuales siguen siendo válidas e interesantes las historias locales y que sólo desde la soberbia y la ignorancia se puede menospreciar a los investigadores locales, de ayer a hoy, que dedican su tiempo a escribir crónicas documentadas en archivos de los pueblos<sup>11</sup>. Nuestra obligación es la de agradecer su trabajo y divulgarlo. Sólo así se evitará que aumente la peligrosa tendencia que lleva a confundir el oficio de historiar con rigor con el de inventar relatos novelados que pretenden hacerse pasar por verídicos. Hay pues que recuperar todo lo bueno que tienen las viejas historias bien documentadas que escribieron nuestros antepasados, como lo es la de Miguel Ruiz Prieto<sup>12</sup>.

## MIGUEL RUIZ PRIETO Y SU TIEMPO. SEMBLANZA PERSONAL

Cualquier viajero que hoy recorra la ciudad de Úbeda podrá localizar la casa natal del historiador ubetense Miguel Ruiz Prieto pues una placa conmemorativa en la fachada recuerda que este ilustre ubetense nació allí, el 18 de diciembre de 1831. La casa se ubica en la calle de San Nicolás, lindera a la parroquia del mismo nombre. Sus padres eran agricultores humildes, que labraban una tierras localizadas en el lugar llamado «El Campillo». El niño fue bautizado el día siguiente de su nacimiento en la parroquia de San Nicolás. Recibió las aguas bautismales de mano de cura Francisco M<sup>a</sup> Herera, quien le impuso estos nombres: Miguel María Nicolás de



Casa en la que nació Miguel Ruiz Prieto, en la calle S. Nicolás, de Úbeda

Jesús. Los padrinos fueron los abuelos paternos<sup>13</sup>. En ese barrio y en esa casa creció nuestro personaje, compartiendo juegos con sus cuatro hermanos. No es pues extraño que, llegada la hora de escribir la historia de Úbeda, esta parroquia y su entorno sean estudiados con especial interés por Ruiz Prieto.

Su infancia y primera juventud transcurren durante las Regencias de María Cristina y Espartero y en los comienzos del reinado de Isabel

<sup>11</sup> A. TARIFA FERNÁNDEZ: «Miguel Ruiz Prieto: un historiador ubetense del siglo XIX para el siglo XXI», *Boletín del IEG*, nº CLXXII, Jaén, 1999, pp. 23-60. En este trabajo realizamos una inicial aproximación a valor historiográfico que hoy tiene la obra de Ruiz Prieto.

<sup>12</sup> RUIZ PRIETO, M. *Historia de Úbeda*. Estudio preliminar de Adela Tarifa Fernández. Granada, 1999, páginas XI-XXVII, Op. cit.

<sup>13</sup> Archivo parroquial de San Nicolás, Libro de bautismo nº 18 (1827-34), fls. 172-173.

II. Pasados los años, ya como historiador, se hizo eco de los acontecimientos políticos más importantes de esta etapa, caso de la abolición de los privilegios señoriales la desamortización de Mendizábal, y las guerras carlistas. Otros sucesos importantes vinculados a militares no pasaron por su pluma. Tal es el ejemplo de dura represión de Espartero en el bombardeo de Barcelona. Respecto al clima de subversión general que padece España, tampoco Ruiz Prieto se empeña en relatarla. Su formación escolar fue escasa, aunque el historiador Juan Pasquau Guerrero nos revela que por entonces había en Úbeda muy buenos maestros, destacando entre ellos la figura de Don Felipe Santiago Morenilla «que desde 1842 (en que por oposición obtuvo la plaza de maestro en Úbeda) venía desempeñando su magisterio con celo e inteligencia»<sup>14</sup>, nosotros no tenemos constancia de que Ruiz Prieto fuera alumno de este maestro pero, por las fechas en las que nos movemos, tampoco es descartable.

Curiosamente los años de su infancia y juventud casi ponen punto final a la historia escrita por él pasado el tiempo, pues decidió acabar su «historia civil de Úbeda» en 1851, sólo un año después de haber comenzado su vida de militar profesional y apenas quince desde que abandonara Úbeda por primera vez. Es como si la historia de Úbeda se detuviera al poco tiempo de abandonar él la ciudad: con apenas treinta renglones resumió los sucesos de Úbeda entre 1851-1886. Casi nada escribió pues de la historia que más conocía, porque era la historia de su tiempo, que él vivió en primera línea, en el frente, mirando a la muerte. Resulta pues evidente que a Ruiz Prieto le gustaba más escribir sobre el pasado que sobre el presente. No es pues una casualidad que se le considerara en la prensa local un arqueólogo apasionado pero que, por el contrario, a él no le atrajera escribir en la prensa del momento. Nuestro trabajo en la prensa de Úbeda puso al descubierto que en las escasas ocasiones que colaboraba en periódicos era por invitación, siempre trataba temas de arte y firmaba a veces con las iniciales. No le interesaba la política como tema de trabajo. Era un historiador pero no un periodista. ¿Por eso no escribió casi nada sobre

la historia del tiempo presente? Pero ¿por qué actuaba así?. Sólo podemos aventurar hipótesis: acaso le repugnara la política del momento y en su gesto de ignorarla hubiera algo de exilio interior. No sería extraño. Muchos españoles encontraron el ese tipo de exilio un refugio para no morir de angustia observando el angosto camino por el que transcurría la historia de España de la segunda mitad del siglo XIX. Pero volvamos a 1835, cuando a Ruiz Prieto le llega la hora de servir a la Patria.

En 1835 Miguel Ruiz Prieto salió de su ciudad por vez primera para hacer el Servicio Militar. Este hecho cambió su vida pues terminó orientando su carrera profesional por los caminos del ejército. Ello le llevó a recorrer en pocos años gran parte de la geografía española (nos consta que con 19 años ya había estado en Cataluña)<sup>15</sup>. No tenemos certeza de las causas que impulsaron a don Miguel a quedarse en el Ejército, pero hemos de imaginar que fue la única opción que encontró para no volver a la pobreza que le esperaba ejerciendo la labor de campesino en Úbeda junto a su padre. Como tantos jóvenes que convirtieron entonces la vida militar en oficio, en él pesó como una losa el destino de la historia de España. Realmente no nos parece que la personalidad de Ruiz Prieto fuera muy compatible con la milicia, pero es evidente que cumplió con su deber en todo momento como se demuestra en el rápido ascenso y en las distinciones que recibió a lo largo de su dilatada carrera militar. Ruiz Prieto, como la mayoría de los militares profesionales de entonces, pertenecía a la llamada «clase de tropa». Es decir, sin estudios en academia. Estos orígenes militares le enaltecen pues tuvo que demostrar muchas veces su valía para llegar a oficial de alto rango cuando se retiró. Si analizamos la situación de España en aquellos años hemos de destacar las tensiones políticas y las convulsiones y divisio-

<sup>14</sup> J. PASQUAU GUERRERO, *Biografía de Úbeda*, Úbeda, 1982, pp. 473-74. Este historiador ubetense, Juan Pasquau (1918-78) constituye un nuevo ejemplo de lo importante que es hacer buena historia local.

<sup>15</sup> L. DÍAZ DEL CORRAL: *El liberalismo doctrinario*, Madrid, 1956.

nes internas que tenía la tropa militar como rasgos claves. Una España dividida entre conservadores y liberales y marcada por las guerras carlistas, los pronunciamientos militares, las contiendas en África y las revueltas de obreros y campesinos era el telón de fondo en el que nuestro personaje se movió.

Nos consta que Ruiz Prieto era un hombre de ideología liberal y que, guiado por mandos liberales, participó en los sucesivos pronunciamientos que protagoniza el ejército, circunstancia que le facilita el ascenso en el escalafón. La vida militar obligó a Ruiz Prieto a recorrer gran parte de España y el norte de África, algo que le separa de la mentalidad de sus paisanos, tan apegados al microcosmos local. En Cataluña, ascendió a Cabo por 1ª elección y luego, en octubre de 1853, a Sargento. La Vicalvarada de 1854 le valió otro ascenso, al grado de Sargento 1ª. Como buen liberal, simpatizó con dicho pronunciamiento. Así se explica que, en alusión a su historia de Úbeda, sólo habla de «un pequeño alboroto» al hablar de la citada revolución<sup>16</sup>.

Al situarnos en la Úbeda de mediados del XIX apreciamos algunos rasgos de revitalización urbana tras la larga crisis en la que esta ciudad se sumió desde finales del siglo del Renacimiento. Hacia 1854 Úbeda sigue anclada en el pasado en muchos aspectos, caso de las pésimas condiciones en las que estaban los caminos de acceso a esta ciudad, tema claramente expuesto en la gran obra de Pascual Madoz<sup>17</sup>. Pero algo se notaba el efecto de la desamortización; Ruiz Prieto dice al respecto que la agricultura progresó, la población creció y la ciudad se embelleció con mejoras de plazas y más condiciones higiénicas. Un progreso breve y más aparente que real. El 98 estaba a la vuelta de la esquina.

Hacia 1855 la vida militar de Ruiz Prieto se intensifica: el 1 de julio de ese año sale a operaciones hallándose el 5 de septiembre en la Sierra Bluna (Barcelona) a las órdenes del Teniente Coronel D. Gregorio Novella. Las acciones que allí realizó le son recompensadas con la concesión de la Cruz Sencilla de M.Y.L., manteniéndose en esa operación militar hasta finales de

año<sup>18</sup>. Poco tiempo después, en el Rif, el azar hizo coincidir en Marruecos a Ruiz Prieto y a Pedro Antonio Alarcón. En los meses de julio y agosto de 1856, Ruiz Prieto se halla, en la acción de la Loma de Mezquita a las órdenes del Teniente Coronel D. Isidro Chinequi. En el año 1859 participa de lleno en la Guerra de África y fue herido gravemente en una rodilla, por lo que logra más condecoraciones y es ascendido a Subteniente de Infantería. La obligada convalecencia le permitió al fin volver a Úbeda. En su ciudad es recibido con grandes muestras de admiración y cariño por paisanos y familiares, mientras se recupera de sus heridas. En el año siguiente ya ha vuelto a su Batallón. En septiembre fue nombrado Abanderado, pero el esfuerzo que realiza hace que se resienta de su reciente herida. Le conceden nueva licencia para restablecerse en Úbeda, donde estuvo algunos meses de 1861, volviendo a su puesto en noviembre de ese año.

Poco tiempo después volvió a la guerra, participando en nuevas revueltas liberales<sup>19</sup>, especialmente en la que acabó derrocando a Isabel II<sup>20</sup>, mientras un nuevo ascenso se añade a su hoja de servicios, y vuelve a su ciudad con un permiso por «asuntos propios», en 1869. Su regreso al pueblo como un triunfador hemos de imaginarla: se le acoge en foros intelectuales pese a sus humildes orígenes, mientras los intelectuales liberales más notables de entonces ocupan el ayuntamiento al grito de «Arriba la libertad y abajo lo existente». Son personajes

<sup>16</sup> Para una visión general: C. MARICHAL: *La revolución liberal y los partidos políticos en España. 1834-44*, Madrid 1980.

<sup>17</sup> P. MADDOZ: *Diccionario geográfico-estadístico de España*, Madrid, 1845-50.

<sup>18</sup> Esta Cruz la creó Fernando VII en 1829 para premiar con ella a un ilustre cirujano militar llamado Carlos Luis Benot. En M. RUIZ PRIETO, *Estudio introductorio de A. Tarifa*, op. cit., p. 54.

<sup>19</sup> Por estas fechas España mejoró algo. A ello alude el historiador R. Carr como la «Sociedad de la opulencia», el R. CARR: *España 1808- 1978*, pp.260-72.

<sup>20</sup> L. ULLOA, M. CISNEROS y otros: *La Casa de Borbón*, T. V de la *Historia de España* dirigida por L. Pericot, Barcelona, 1973, pp. 308-11.

brillantes de entonces Eugenio Madrid, Francisco García Pretel y Juan de Dios Molina, quien acabaría manteniendo estrechos lazos de amistad con Ruiz Prieto, al igual que sucedió con el insigne médico Balbino Quesada, quien le atendió en su última enfermedad.

La historia de España seguía su acelerada carrera mientras en París estallaba la Comuna y se instauraba una nueva república: un nuevo rey llega y se va muy pronto, desengañado de los españoles, Amadeo I. Con la misma precipitación se implantó la primera República, difunta apenas nacida por ensayar precipitados federalismos<sup>21</sup>. Con la entrada de Pavía en las Cortes Constituyentes disparando al aire se iniciaba una nueva era: La Restauración devolvió el trono a los Borbones. Canovas y Sagasta estaban ahora en el timón del barco. Viejos románticos revolucionarios como Pedro Antonio de Alarcón se hacían conservadores<sup>22</sup>. Miguel Ruiz Prieto sigue fiel a sus ideas liberales, acaso porque nunca fue un romántico. Para él todos estos acontecimientos políticos citados, y lo que les siguieron, sirvieron para mejorar su ya brillante hoja servicios: en noviembre de 1874 Ruiz Prieto está a punto de escribir otra de las páginas gloriosas de su carrera militar, en las guerras carlistas. En noviembre de ese año, fue destinado al Tercer Cuerpo del ejército del norte, que se hallaba en el distrito de Burgos, a las órdenes del Excmo. Sr. General D. Juan Villegas, siendo nombrado Ayudante en su Batallón. Por orden de 4 de mayo, se le impuso la Cruz Sencilla de San Hermenegildo (con antigüedad del 22 de julio de 1872).

Por las operaciones de los días 10, y 11 de enero de 1875, que culminan con la toma de Balmaseda, fue recompensada con el grado de Comandante de Infantería. Después participó en operaciones para el levantamiento del sitio de Pamplona, Villasana de Mena, defensa del Fuerte del Mercadillo, del Pendón y Cueto, por cuyos hechos recibió el agradecimiento del Rey. El 27 de julio de 1875 estaba en la acción del Monte Caladilla y el 10 y 11 de agosto en la de Villaverde, Sierra Escrita, donde asistió a la toma de Orduña. El 13 de noviembre, fue agregado al Se-

gundo Cuerpo del Ejército, a las órdenes del Excmo. Sr. General D. José Echevarría. Poco después fue honrado con la Cruz Roja de 1ª clase de Mérito Militar. Recibe otras distinciones, como la Medalla de S. M. el Rey Don Alfonso XII, siendo declarado «Benemérito de la Patria» en julio de 1876. De ese mes es su ascenso a Comandante de Infantería, pasando tras ello a la situación de reemplazo, en Úbeda. Su larga carrera militar entra ya en la recta final cuando nuestro personaje ha cumplido 47 años. Para España y para Ruiz Prieto fueron años de intensidad y de esperanza. El turnismo Canovas-Sagasta y los éxitos contra el carlismo daban una tregua a la atormentada historia del siglo XIX español. En Úbeda se publican ya bastantes periódicos, como luego veremos. La mayoría eran de conservadores o liberales, pero los federalista republicanos están en la retaguardia: en 1875 sale *El Trovador de la Loma* dirigido por uno de los mejores periodistas de entonces, Luis Garrido Latorre. Ruiz Prieto apreciaba a este periodista y compartió con él, ya en Úbeda, sucesos notables que por entonces acontecían en el entorno, como fue el paso rápido por la estación de Vilches de la destronada reina Isabel II. Por entonces las calles más importantes de la ciudad estaban en obras, caso de El Real, y la población aumenta hasta alcanzar los 4.500 vecinos.

Desde 1878 la vida militar de Miguel Ruiz Prieto sigue, pero ya con menos batallas a las espaldas. Se casa Alfonso XII por amor con su prima María de las Mercedes, muerta prematuramente en 1878. Al año siguiente contrajo matrimonio Miguel Ruiz Prieto, que estaba destinado en Menorca entonces, con la joven María Hernández Quesada, veinticinco años más

<sup>21</sup> Ruiz Prieto prestó juramento a Amadeo en febrero de 1871, pasando a Málaga, y, luego en abril, al Batallón de Baeza nº 76. El 10 de septiembre por orden del Gobierno de la República, emprendió la marcha con el Cuadro de su Batallón para Jaén, con el fin de ayudar al de Reserva de aquella capital. En 1874, fue baja en este batallón con destino a la Reserva de Lucena nº 78 con ascenso a Capitán.

<sup>22</sup> Muy interesante es la obra de L. MARTÍNEZ KLEISER: *Pedro Antonio de Alarcón. Un viaje por el interior de su alma y a lo largo de su vida*, Madrid, 1943.



Parroquia de S. Pablo, de Úbeda, donde contrajo matrimonio Miguel Ruiz Prieto

joven que él. Fueron testigos Balbino Quesada y Juan de Dios Molina, amigos y magníficos exponentes de la intelectualidad que brillaba en la Úbeda de finales del XIX. La boda, celebrada en la parroquia de San Pablo de Úbeda, la ofició otro gran intelectual: el prior Galey<sup>23</sup>. La luna de miel fue corta: nuestro protagonista tiene destino en Mahón y pasa al año siguiente de nuevo a África. En 1880 se le galardona con la Placa de la Real Orden de San Hermenegildo, siendo destinado poco después, en 1884, a Úbeda, en la Escala de Reserva, donde permanece hasta su retiro definitivo del Ejército en 1889.

Desde entonces Ruiz Prieto reside en el domicilio familiar de la calle de San Nicolás. Es un hombre poco dado a hacerse notar en los círculos socioculturales de Úbeda pero que no puede pasar desapercibido. Sus paisanos admiran y respetan a este héroe, convertido en un hombre triste y solitario, viudo prematuramente, que se apoya en la familia que tiene en la ciudad, espe-

cialmente en su hermana Teresa con la que vive, y en un grupo selecto de amigos. Está jubilado del ejército con el rango de Teniente Coronel, un alto grado militar logrado con gran trabajo. En adelante Miguel Ruiz Prieto llena sus días volcándose en sus grandes aficiones: la investigación histórica y el coleccionismo de piezas arqueológicas. También pasaría largos ratos conversando con amigos de mentalidad liberal en su mayoría, que pertenecía a clases humildes y se habían hecho a sí mismos. A todos les dolía España en los últimos años del XIX.

La enfermedad sorprendió a Ruiz Prieto mientras escribía su Historia de Úbeda y ordenaba los fondos del archivo municipal. Trabajó hasta el final y pudo incluir noticias puntuales de la historia que vivía en primera persona hasta 1897, fecha en la que cerró su impresionante

<sup>23</sup> Archivo Parroquial de San Pablo, Libro de desposorios nº 10 (1878-91), fl. 46.

crónica. Una enfermedad «larga y penosa» a la que aludía el periodista Manuel Muro, le hizo muy duros sus últimos tiempos: lo mató un cáncer de esófago el 12 de abril de 1899.

El parte médico lo hizo notar así «tumor mediastino con estrechamiento de esófago». No dejó hijo y, por los datos que consultamos, no testó. Sus restos reposan en el Cementerio de San Ginés en una sepultura humilde<sup>24</sup>. Nunca cobró los 100 duros que el ayuntamiento de Úbeda le había asignado por ejercer la tarea de archivero municipal en 1898. El reconocimiento económico fue simbólico. El reconocimiento social, tardío y tacaño. Todavía hoy la ciudad de Úbeda está en deuda con este historiador pues también se pueden, y se deben, dar honores a los muertos. No hubo honras fúnebres oficiales entonces. No hay hoy ninguna biblioteca o archivo que lleve su nombre, ni premio histórico-literario que lo mencione ni ninguna estatua que lo recuerde en la monumental Úbeda. El nombre de una calle y una placa perdida en una casa cualquiera de la calle San Nicolás son señales difusas que pocos ciudadanos ven y que muy pocos saben valorar. Contemporáneo de Alfredo Cazabán, a quien Ruiz Prieto llamaba cariñosamente en un escrito «el estudioso joven D. Alfredo Cazabán», no tuvo cualidades sociales que le hicieran proyectarse para la posteridad. Por eso su obra estuvo tanto tiempo dormida. Hora es de que su nombre figure más veces en las publicaciones provinciales. Cazabán sabía bien por qué su obra debía ser divulgada y escribió esto en el prospecto propagandístico de la edición primera, la de 1906: «*El ilustrado y erudito Teniente Coronel graduado, comandante del armada de Infantería, nuestro pisano D. Miguel Ruiz Prieto... tras muchos días, muchos meses, muchos años... coronó su empeño y lo coronó de modo tan gallardo que asombra hoy considerar la labor de aquel trabajador infatigable, reunida y explanada en tres gruesos volúmenes manuscritos, que contienen unas dos mil páginas en cuarto de diminuta letra del autor*»<sup>25</sup>. Es evidente que Cazabán admiró y valoró a Ruiz Prieto y por eso



puso su empeño en que su obra llegara a los ubetenses. Él, que tantas anotaciones hizo en los manuscritos originales de Ruiz Prieto, supo reconocer el mérito de este trabajo y comprendió la generosidad que tuvo Ruiz Prieto al dedicarle a sus paisanos los últimos diez años de una vida fraguada en el campo de batalla. ¿Acaso fueron estos últimos años los mejores años de su vida? Es posible porque sólo entonces libremente eligió el lugar y las personas con las que quería vivir y morir. De hecho pensamos que sólo en esos diez últimos años hizo lo que realmente hubiera querido hacer siempre: leer, estudiar y escribir la *Historia de Úbeda*. Una historia que, como buen ubetense, dedicó a sus paisanos<sup>26</sup>.

#### ANTES DE LA ILUSTRACIÓN: UN RECORRIDO GENERAL POR LA *HISTORIA DE ÚBEDA* DE RUIZ PRIETO

La obra de Ruiz Prieto es ante todo un impresionante intento por construir la «historia total» de una ciudad de Jaén, Úbeda, que hunde sus raíces en la noche de los tiempos. Ya advertimos antes que como historiador no cumplió con los métodos que hoy se exige a quien investiga científicamente, pues no crea tramas argumentales, no selecciona con rigor lo relevante, no maneja el tiempo-espacio bien, ni analiza la casualidad, ni interpreta críticamente los hechos. Pese a todo su relato es finalmente un buen relato histórico. Su historia de Úbeda en buen libro de historia local si lo comparamos con otros de su tiempo.

<sup>24</sup> Registro civil de Úbeda, libro de entierros de 1899, fl. 155, y Archivo parroquial de San Nicolás, libro de difuntos nº 25, fl. 269r.

<sup>25</sup> A. TARIFA: Estudio introductorio...Op. cit, pg. XLIII.

<sup>26</sup> TORRES NAVARRTE, Ginés. «Los cronistas oficiales de Úbeda I». *Ibiut* II (1983), nº 6, página 8 y ss.; RUIZ PRIETO, M. Op.cit. Estudio preliminar de Adela Tarifa Fernández, páginas LI-LXX; A. CAZABÁN LAGUNA: *Apuntes para la historia de Úbeda (1887)*, ed, facsímil, Úbeda, 1986.

Nuestro escritor no elaboró una historia buscando reconstruir una realidad social total de su ciudad con buen manejo del tiempo histórico, sino que usa un modelo tradicional, una cronología linealmente ordenada en la que coloca los sucesos que a él le parecen más relevantes de la historia de Úbeda. Cronología en la que ubica los más importantes eventos. Seleccionando ejemplos anteriores al siglo XIX notamos como para él con los Reyes Católicos acaba inexorablemente la Edad Media, aunque luego no encuentra sucesos tan relevantes que le faciliten separaciones entre la edad moderna y contemporánea. Por ello, opta por otra vía para marcar sus capítulos y sus tiempos de la historia: hay una España de los Austrias y otra de los Borbones. Casi inalterable es que separe la historia civil de la eclesiástica, cual si se tratará de dos mundos diferentes, imbuido sin duda por las corrientes desamortizadoras y liberales del siglo XIX. Luego, en la segunda parte, su historia eclesiástica, el tiempo breve se señala según orden fundacional que tuvieron las once parroquias abiertas al culto en el tránsito de la Úbeda, musulmana a la cristiana, o según el orden de antigüedad de fundación de los conventos. Lógicamente el orden es una categoría importante en la vida de este disciplinado militar. De lo que no se le puede acusar es de inventarse la historia: busca la fuente y sólo tras leerla cuenta lo que sabe. No es pues un «viejo cronista» al estilo de los famosos cronicones del siglo XVII.

Empeñado en la idea de que sólo suceden las cosas relatadas en documentos que lee y en la teoría de que lo que se cuenta en tales documentos es verídico, nuestro historiador aborda con cierta brevedad lo referido a la Úbeda antigua anterior a los visigodos porque le faltan fuentes históricas directas y sabe que las historiográficas se basan en los falsos cronicones, en los que no cree. Tampoco se fia de las fuentes cristianas antiguas plenamente pues le consta que no son imparciales en esas épocas. Pasa veloz pues por la antigüedad y atempera el paso progresivamente, cuando hay más documentos que estudiar en los archivos<sup>27</sup>. Eso sucede con el tratamiento que le da a la Edad Media y al siglo XVI. Luego,

tras relatar con detalles la Guerra de Granada, Ruiz Prieto se percata de que para su ciudad los días de gloria se alejan: cuenta las visitas a la ciudad de Carlos I y Felipe II, monarcas que tuvieron como secretarios a ubetenses ilustres (Francisco de los Cobos, Juan Vázquez de Molina y Juan Vázquez de Salazar) y ya entra con pereza en los dramáticos años de los siglos XVII y XVIII. A partir de este momento, el autor se limita a dar cuenta de algunas noticias, entresacadas de las Actas Capitulares. Al período borbónico, que ocupa el capítulo VII, y último de la

<sup>27</sup> Una prueba de lo que decimos son estas citas de su *Historia de Úbeda*: «no tenemos datos para apreciar si los fenicios y griegos se establecieron en esta localidad, pero es probable, por los restos de cerámica fabricadas con arcillas y areniscas rojas y mica que se encuentran». (ya vimos que fue muy aficionado a la arqueología, y más especialmente a la numismática, y que reunió su propia colección particular recorriendo los edificios en ruinas de su ciudad y los campos del entorno más próximo). De los cartagineses sólo nos dice Ruiz Prieto que puede referirse a ellos la llamada «torre de Ibiut» o Asdrúbal, que todavía estaba en pie en vida de este historiador, pegada al antiguo Alcazar. Una torre que fue demolida hacia 1850. En sus cimientos, según Ruiz Prieto, se encontraron enterramientos, vasijas «de tipo celta» y otras piezas de adorno, alguna de oro. Sobre el destino de estos restos nos dice este historiador local que no se les dio más importancia «que el valor que les concedió un platero; nada se conservó ni estudió, salvo las vasijas que pudimos recoger del dueño del terreno en que se asentaba la torre». Un testimonio muy esclarecedor para justificar el vacío histórico antes aludido, añadiendo el mismo autor al respecto que también se habían destrozado en su época otros posibles vestigios romanos, como la puerta del postigo del Alcázar, y parte de los minados de agua de los que se abastecería la población. Alude además a las numerosas tumbas antiguas que han sido destruidas, sin hacer estudios sobre su origen, y remarca el hecho de las numerosas villas romanas que existirían en las proximidades de Úbeda, siendo el centro de «numerosa población diseminada». Sin embargo este historiador, aunque reconoce tener una buena colección de monedas ibéricas «halladas en la ciudad y sus alrededores, lo mismo que romanas, republicanas e imperiales», admite que eso no basta para escribir una historia de Úbeda en la época romana, advirtiendo con la honradez y el rigor histórico que le caracteriza: «Sentimos no haber podido adquirir noticias de nuestra Úbeda en esta época, aunque creemos que durante la paz que siguió al imperio de Augusto, fue adquiriendo importancia, aumentándose su población», y romanizándose. Luego alude a la decadencia de Bajo Imperio y a las invasiones bárbaras, sin aportar otros datos concretos sobre Úbeda en esa época.

primera parte, sólo dedica unas cuarenta páginas, de las que en diez trata de forma monográfica la Guerra de la Independencia. Su prosa es sencilla, fluida, y alejada de artificios.

En definitiva, Miguel Ruiz Prieto es un buen teórico de la historia de su ciudad pero no es un teórico indiferente a lo que se encuentra, bien se trate de hechos políticos o de expolios patrimoniales. Acaso sea el tema de los expolios en el patrimonio de Úbeda en el que este cronista se muestra más combativo: le duele mucho este drama, dejando al descubierto su afición hacia la arqueología y hacia los papeles escritos; no tiene reparo en señalar a los responsables de ello, aunque nunca lo hizo con acritud. De haber vivido el desastre que Úbeda sufrió en su patrimonio durante la guerra del 36 es muy posible que hoy tuviéramos mejor conocimiento de lo que entonces sucedió. Al menos su vida, muy dura, no coincidió en el tiempo con este inmenso drama. Hubiera sido para él bien difícil de superar.

Como todo ser humano, al escribir deja al descubierto algunas de sus fobias: tolera a los musulmanes pero no quiere a la raza judía. Respeto la llegada de otros pueblos extranjeros a su tierra pero detesta a los franceses. Estos hechos restan objetividad histórica a algunos capítulos. En la narración afluyen su ideología política liberal, su espíritu cristiano, su escaso apego a lo material y esa fina ironía propia de su carácter, que tanto le identifica con los ilustrados del XVIII. Detesta la incultura y no siente simpatía hacia determinadas manifestaciones de religiosidad popular, tan cargadas de superchería y fanatismo. En lo relativo a la guerra Ruiz Prieto es moderado: no la ensalza como meta, pero sí la utiliza como referente obligado en su tiempo histórico. Es claro que los hechos de armas son vitales para señalar las épocas brillantes y las decadentes de su ciudad, pero no disfruta relatando crueldades. Sus ejes conductores son reyes o guerreros, líderes que controlan las riendas del Estado. Sólo coyunturalmente atraviesan la escena actores secundarios: noticias sobre la situación económica, rogativas públicas y epidemias.

Como ya apuntamos antes, a Ruiz Prieto no le gusta construir historias en las que él tenga rango de protagonista: elige el silencio para los días en que él tuvo conciencia de quien era y hacia dónde le llevaba el destino, y acaba con urgencia su «historia civil» del siglo XIX. No le interesa hacer historia de «su tiempo presente». Respecto a su «historia eclesiástica», es una guía magnífica en la que describen los principales monumentos e instituciones que tuvieron que ver con el poder temporal y espiritual de la Iglesia en Úbeda, comenzando por las parroquias y acabando con las cofradías. Su manera de escribir lo aleja del catolicismo tradicional pues no comparte la acumulación de tierras por parte del clero, no participa en los ritos de la religiosidad popular, ni cree que la Iglesia deba cubrir las necesidades sociales de los ciudadanos. Sin embargo, tuvo amigos entre el clero, porque el respetaba la libertad de pensamiento, y existían en Úbeda figuras del clero de gran cultura y talante abierto que el admiraba, caso del escolapio Padre Vinagre, del polígrafo Muñoz Garnica, y el Prior Galey<sup>28</sup>.

Concluimos esta somera valoración señalando otros méritos de la obra de Ruiz Prieto: Su patriotismo es contenido pues no le ciega el amor a la patria nativa. Ello se puede deber a que viajó mucho por su carrera militar y así tuvo un horizonte referencial más universal para escribir su historia. No es pues su obra una historia meramente localista. La obra ofrece una visión unitaria y conciliadora de la historia de España, algo interesante si tenemos en cuenta que él la escribió en un tiempo de intenso enfrentamiento y tensión política y social, con el desastre del 98 a las puertas. Es de gran mérito por ello que no se sirviera de la escritura para incitar al rencor ni para fomentar la desesperanza, algo muy frecuente en el espíritu romántico y nacionalista de la época. No toca en su obra las heridas más recientes como las guerras de África finiseculares o el desastre de Cuba. Es, por tanto, una

<sup>28</sup> Ya vimos que este sacerdote ofició su boda, en RUIZ PRIETO, M. *Historia de Úbeda*, Estudio preliminar de Adela Tarifa Fernández, op. cit., pp. LXXII y ss.



historia de Úbeda que va más allá de otras escritas por los eruditos locales, por su rigor científico, por su amplitud de horizonte histórico y por los valores que transmite.

Para finalizar, antes de detenernos en la imagen que ofrece Ruiz Prieto de Úbeda a finales del Antiguo Régimen, cabe destacar otra concesión que hace Ruiz Prieto a sus paisanos escribiendo sobre las virtudes que tenían los primitivos pobladores cristianos de Úbeda, a los que retrata como un pueblo honesto, recio, valiente y leal a la Corona. Sin embargo, no es nuestro historiador muy dado a abusar de la fácil lisonja ni a retóricas innecesarias. Estas circunstancias facilitan el ritmo ágil y ameno que tiene el relato e inclinan al lector a dar por válido lo que Ruiz Prieto cuenta. Aunque no siempre lo que cuenta sea lo que realmente sucedió. Pero en este problema los historiadores actuales hemos de ser tolerantes pues sabemos que nadie es dueño de la verdad absoluta y que tras nosotros vendrán nuevos investigadores que lo harán mejor. Esperemos que ellos también sean tolerantes con nuestros errores.

## DE ESPAÑA A ÚBEDA: ENTRE EL ANTIGUO Y EL NUEVO RÉGIMEN

Una de la mejores síntesis de como era España a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX la encontramos en un libro de Domínguez Ortiz, *Sociedad y Estado en el siglo XVIII*. En esta obra se sintetiza la realidad histórica de España entre 1789 y los primeros años del siglo XIX, época en la que el Antiguo Régimen agoniza, aunque bastantes de sus rasgos eran bien reconocibles todavía, escribiendo al respecto que «el reinado de Carlos IV se nos aparece como el primer acto de un drama que con violentas oscilaciones se prolongaría durante medio siglo». Era éste el epílogo de la Edad moderna y el comienzo de la contemporánea. En estos años el desprestigio de la corona era ya un hecho incuestionable y ello fue tanto por culpa de rey mismo, que también, sino de la profunda antipatía que el pueblo sentía hacia la reina María Luisa, y del

favorito de las monarcas, Manuel Godoy, convertido en el amo y señor de los destinos de España. Eso explica en parte que un personaje tan oscuro como el Príncipe de Asturias, futuro Fernando VII, encontrara tantos apoyos en este momento crucial de la Historia, porque se vio en él la oportunidad de acabar con Godoy, un hombre tan odiado que se suelen olvidar con frecuencia las labores de gobierno positivas en las que intervino, caso de la abolición de ciertos impuestos, preludio de la igualdad fiscal, o la rehabilitación de los expósitos, con las reales células de 20 de enero de 1794 y 11 de diciembre de 1796, por citar algunos ejemplos. Otro de los motivos del odio del pueblo hacia sus gobernantes fueron las terribles hambrunas que España padeció en los finales del siglo XVIII y principio del XIX, en coincidencia con años de guerras exteriores. Paro, hambre, enfermedad, levadas para la guerra, fiscalidad abusiva pusieron en el punto de mira a Godoy y a la reina María Luisa, acelerando la revolución social. Así viviremos un final de siglo tormentoso, con brotes de conservadurismo dentro de los tradicionales estamentos privilegiados, la nobleza y el clero, mientras que el pueblo llano ponía sus esperanzas en Fernando VII.

En el plano exterior, los pactos que hizo Godoy con la Francia revolucionada nos llevó primero a una desastrosa guerra contra Gran Bretaña, una de cuyas peores consecuencias fue el bloqueo de nuestras costas que fue la puntilla a la ya debilitada influencia en América. El cambio de alianzas a finales del XVIII, pactando con Napoleón, fue el final de la carrera política de Godoy. Una nueva trampa de Francia que sabía de la intrigas de familia en España y pensaba sacar partido de ellas. Tras el motín de Aranjuez, considerado por Domínguez Ortiz como «el primer pronunciamiento victorioso de nuestra Historia», se produjo en cadena la caída de Godoy, la abdicación de Carlos IV y la efímera coronación de Fernando VII. Todos fueron marionetas manejadas por Napoleón para lograr sus fines. En ellos España sólo era una pieza del gigantesco puzler de su Imperio. Lo que nunca imaginó este gigante es que el pueblo español, desarma-

do y hambriento, en un lugar cercano a Úbeda, en Bailén, derrotaría al coloso y que aquello era en principio de su final. ¿Pero cómo era el Reino de Jaén a finales del XVIII y comienzos del siglo XIX? ¿Qué sucedía entonces en Úbeda?

Acaso en el reino de Jaén fue donde la pobreza y el hambre que sufrían gran parte de las tierras de Andalucía se notaron con mayor fuerza en este final de siglo, como puso de relieve en su excelente historia el Dean Mazas, contrastando con el esplendor de épocas antiguas. Pero este fenómeno no se dio por igual en todas las zonas del llamado «Santo Reino». Resulta muy indicativo al respecto que el descenso de población en el reino de Jaén fue muy desigual según comarcas. Con la excepción de lo sucedido en las nuevas poblaciones de Sierra Morena, pues son un caso especial, lo que aconteció en Jaén a comienzos del XIX desde el punto de vista demográfico fue más bien una concentración del habitat urbano en detrimento de aldeas y pueblos pequeños, algo similar a lo que sucedía en Córdoba. La expansión del olivar era ya muy notable a finales del XVIII en algunas ciudades; aunque todavía las tierras de «pan llevar» eran predominantes en los grandes pueblos y ciudades de Jaén.

En lo relativo a la ciudad de Úbeda, la obra de Ruiz Prieto dedica bastantes páginas a esta época. De sus informaciones deducimos que su paisaje urbano seguía recordando al pasado y el rural se caracterizaba por el predominio de las tierras dedicadas a cultivos de cereales y leguminosas. Estas cosechas se arruinaban año tras año por la sequía, la langosta y los rebaños incontrolados de conventos, sin olvidar la dura fiscalidad que pesaba sobre todas las producciones. El olivar estaba creciendo pero no era nada comparable al monocultivo actual. Siguiendo lo que nos relata este historiador, vemos los principales problemas que tuvo esta ciudad durante los años del reinado de Carlos IV, marcados por las reiteradas calamidades naturales, escasez de pastos en las dehesas y otras adversidades que convirtieron en catastrófico a 1793, amenaza Úbeda de epidemias de peste y asolada por la guerra exterior: «En 1793 no hubo cosecha, y se trató

de acudir a la superioridad, para que no se apremiara a los labradores y se les concediesen moratorias. Se dijo en una junta que el vecindario de Úbeda se componía de 11.992 personas, y que el trigo se había vendido a más de 60 reales la fanega»<sup>29</sup>.

La lucha contra la Francia de la Convención se plantea como una ofensiva para defender a la patria del anticlericalismo revolucionario. La regulación de los jornales para los hombres y las mujeres aceituneros, y las mejoras introducidas para combatir las epidemias como el empleo de plantas olorosas o el saneamiento de las aguas no frenan la crisis económica de la ciudad hacia 1803. Las autoridades municipales fortalecen el cordón sanitario e incrementan las rogativas a la Virgen de Guadalupe pero el hambre y la escasez no frenan las muertes ni las subidas del precio del cereal. Ruiz Prieto recurre aquí al testimonio oral de sus abuelos que le relataron siendo niño, aquellos horrores «La gente hambrienta devoraba hasta las cosas más inmundas y morían muchos en medio de la más tremenda desesperación»<sup>30</sup>. Es claro que no está satisfecho con el derrotero que van tomando algunos acontecimientos en Úbeda cuando agoniza el siglo XVIII, aunque su relato, basado ya casi exclusivamente en lo que cuentan las actas capitulares, todavía tienen atisbos de esperanza. Veamos cuales fueron sus últimos renglones para cerrar la puerta del XVIII y abrir la del XIX: «Se creó por suscripción un fondo para socorro de la cuadrilla de escopeteros, mandada formar para perseguir contrabandistas y malhechores. Se dio gran impulso a la repoblación y conservación del arbolado y replantación del paseo público, consignando para ello, a petición del síndico D. Martín de Zayas, en agosto de 1799, 6.000 reales del sobrante de Propios»<sup>31</sup>. Lo peor estaba por venir, en el tiempo que a él le tocó vivir. Así abrimos la puerta del siglo XIX en Úbeda, contemplado bajo la lupa de los que de él dejó escrito Miguel Ruiz Prieto.

<sup>29</sup> M. RUIZ PRIETO, Op, cit., pg. 207

<sup>30</sup> Ibidem, pg. 208.

<sup>31</sup> Ibidem, pg. 208.

## ÚBEDA EN EL SIGLO RUIZ PRIETO: TIEMPO DE SILENCIO

«Se advierte primeramente (*En Úbeda*) la gran desproporción que existe entre el desarrollo de las facultades imaginativas y reflexivas... abundan los hombres de claro y luminoso talento y poderosa reflexión, y las ciencias de la observación y análisis se cultivarían aquí con provecho, si no lo impidiera una mala cualidad nuestra, la pereza... Nuestra inactividad o falta de energía es tal, que apenas aparece su antítesis moral, la osadía... Otra singularidad de nuestro carácter es el contraste en las facultades afectivas; tenemos todos un amor tan grande a nuestra tierra, un culto tan fervoroso por nuestra 'patria chica',... que no sabemos abandonarla, no conociéndose aquí tendencias migratorias; y si alguna vez la dejamos, aunque estemos lejos, preferimos vivir la vida de Úbeda, y en reuniéndose algunos ubetenses, realmente se vive. Y no obstante ese culto de sus hijos por nuestro pueblo, el sentimiento de solidaridad moral es tan débil que rara vez aparece el altruismo generoso; apenas sobresale uno cualquiera de nosotros en la actividad social... se presenta un fenómeno bien característico: todos aplicamos el más minucioso análisis crítico para achicar el prestigio moral de quien se trata... Úbeda tiene un peculiar aspecto económico; la idea de que la circulación de riqueza por la aplicación del capital a sus fines propios es el fundamento sólido para el desarrollo progresivo de un pueblo, es idea que no ha llegado a conquistar adeptos entre los ubetenses; aquí se tiene la virtud incomparable del ahorro, asiento seguro del bienestar familiar... por el afán avariento y ahogadizo, no parece sino que contamos también con que nos han de enterrar con nuestras riquezas, y siempre tememos que sean pocas para la eternidad de la otra vida...»<sup>32</sup>. Esta crítica imagen de Úbeda, que rescatamos de la prensa local, con todas las matizaciones que queramos hacer al texto, fue la que Miguel Ruiz Prieto conoció en la última etapa de su vida, cuando instaló su residencia definitiva en la ciudad natal, eligiendo morir en ella. También es cierto que nuestro historiador no se ajusta al perfil humano que de un modo tan crudo relata el genial escritor Miguel Molina: él sí había viajado mucho, no fue hombre perezoso ni dado a disfrutar achicando el prestigio moral de otros. De su afán por atesorar riquezas tam-

poco hay indicios: lo que coleccionaba era monedas antiguas con las que nada se podía comprar. Pero es seguro que, de haber leído este texto, como acaso lo hizo, comprendió la crítica a las mil maravillas. Nuestra pregunta es ésta: realmente, ¿cómo transcurrió el siglo XIX en Úbeda?

Los acontecimientos más relevantes de la vida política local hasta mediados del siglo XIX nos los han contado diversos historiadores locales. Todos consultaron la obra de Ruiz Prieto, que usó como fuente de información casi exclusiva las actas capitulares del ayuntamiento. Sabemos por esta fuente histórica de los durísimos años de comienzos del XIX, cuando llegaron a Úbeda noticias de la forzada renuncia al trono de Carlos IV a favor de su hijo Fernando, y de la cesión que éste hace de la Corona española a Napoleón Bonaparte. Estos sucesos abren la puerta a otra de las etapas más dramáticas que vive la ciudad, durante la guerra de la Independencia. En Úbeda, como en tantos lugares de España, se levantó la población contra la ocupación francesa y hubo participación en la batalla de Bailén, acto que se celebró en Úbeda con fiestas religiosas a los patronos locales, «en desagravio a las profanaciones a templos e imágenes y otros excesos cometidos por los franceses»<sup>33</sup>. Pero estas manifestaciones de religiosidad popular no fueron muy escuchadas en el cielo pues la ciudad fue saqueada en numerosas ocasiones por las tropas francesas, quienes cometieron múltiples tropelías y causaron daños irreparables en los archivos locales y el patrimonio artístico. Ruiz Prieto escribió bastantes páginas patrióticas en denunciado la invasión francesa, exclamando con tono épico «llegará día en que se levanten los pueblos, hambrientos de justicia y moralidad, y rompan violentos los obstáculos que cierran el secreto de la verdad y la razón»<sup>34</sup>.

El miedo a los franceses deja a Úbeda casi desierta por algún tiempo. Así, cuando éstos la

<sup>32</sup> Fragmentos de un artículo del filósofo ubetense Gabriel Molina, titulado «El carácter ubetense», publicado en el periódico local *La Opinión* (29-IX-1896).

<sup>33</sup> M. RUIZ PRIETO, Op. cit., pp. 212-215.

<sup>34</sup> *Ibidem*, pg. 209.

ocupan, se encuentran una ciudad casi fantasma, por lo que recurren a amenazar a todos los vecinos huidos con la confiscación de sus bienes si no regresan inmediatamente. Hubo ubetenses afrancesados, que sirvieron a la causa napoleónica muy eficazmente, sobre todo en la tarea de la recaudación de impuestos. Esta dura presión fiscal, unida a la escasez de cereales durante algunos años de gran esterilidad, llevaron al pueblo a una situación límite hacia 1812, año en que se vendía la fanega de trigo a 135 reales. La miseria era entonces terrible. En septiembre de este año 1812 huyeron los franceses de Úbeda, dejando la ciudad en un lamentable estado. Además de esto Úbeda pasa por una etapa muy dura a causa de una coyuntura climática adversa, y de la división de la sociedad local en dos bandos, contrario y favorable a José I Bonaparte, afirmando Ruiz Prieto que la ocupación francesa había costado a Úbeda «una pérdida de más de veinte millones».

Aunque la entrada de las tropas de Fernando VII, el 21 de septiembre de 1812, fue en hecho jubiloso, poco mejoraron las cosas para la mayoría de los ubetenses: volvieron a repetirse hechos de revanchismo y violencia contra los afrancesados y a realizarse presiones para recabar impuestos dirigidos al ejército del «Deseado», lo que provocó brotes de violencia social, duramente reprimida. En este ambiente se juró en Úbeda la Constitución de 1812, colocándose al año siguiente una lápida conmemorativa de este acontecimiento en el Mercado, frente al Ayuntamiento. Lápida que pronto fue arrancada y «ahogada» en la fuente de la plaza de Toledo, cuando Fernando VII se proclama monarca absolutista y se niega a acatar la Constitución liberal que antes había jurado. Y que nuevamente se volvió a colocar, tras el pronunciamiento de Riego en 1820. Todo un símbolo de lo que fue este siglo para la vida política nacional y local. Todo esto lo cuenta nuestro historiador con lenguaje sencillo, sin querer manifestar su punto de vista, aunque éste aflora, como aflora su profesión de militar pues dedica al tema de la guerra un espacio mucho mayor que a cualquier otro asunto. Su posicionamiento liberal es cla-

ro. Veamos, como botón de muestra, el tono irónico y despreciativo con el que se refiere al absolutista Fernando VII: «*El 'muy amado rey', agradecido al heroico pueblo que le conservó el trono abandonado por él, premió tantos sacrificios apenas pisó la tierra española borrando de una plumada el periodo de lucha... se quitó la lápida de la Constitución, que fue llevada en unas parihuelas al pilar de la fuente de la plaza de Toledo, para que se ahogara su memoria... Úbeda ya no se acordaba del regocijo que causó la constitución de 1812, Pedía las cadenas a voces y a voces también injuriaba la libertad que se le había concedido*»<sup>35</sup>. Un retrato nada favorable al rey y muy crítico con sus paisanos. No se mordía la lengua Don Miguel.

Dedica elogios a las medidas tomadas por los liberales tras el pronunciamiento de Riego, volviendo a cargar contra el absolutismo tras la entrada en España de «los Cien mil Hijos de San Luis». En la llamada «Década Ominosa» todas las plagas bíblicas se ceban sobre la ciudad y son recogidas en la crónica de Ruiz Prieto: cuenta que mientras que la cárcel de Úbeda estaba al completo en 1826, siendo la mayoría de los presos políticos, la administración era caótica, acentuada la crisis tras algunos años de sequía, como 1825, 1832 y 1833, y por las numerosas epidemias que atacaron al pueblo, especialmente de cólera. Epidemias que trataron de paliarse recurriendo a las ancestrales rogativas públicas. Pese a ello Úbeda reunió algún dinero, en agosto de 1833, para celebrar seis días de fiestas por la proclamación a trono de la infanta Isabel, que había nacido en octubre de 1830. Este desastroso reinado lo cierra Ruiz Prieto de este modo: «*El rey D. Fernando falleció el 29 de septiembre... la colegial de santa María... ser prestó a costear el túmulo lo más decente posible, La ciudad a su vez se obligó a costear la cera y la música...no faltó oposición por algunos... Tal era el estado de la población,... se habló de una orden superior para que en los pueblos donde debiera verificarse la proclamación de doña Isabel II, como reina, se economizara todo gasto que no fuera indispensable, indicando también al ayuntamiento las mediadas que había que tomar para mantener el or-*

<sup>35</sup> Ibidem, pg. 222.

den y evitar perturbaciones, pues ya se había iniciado la lucha con el infante D. Carlos...»<sup>36</sup>. Miguel Ruiz Prieto ya está a punto de cerrar su larga historia: sólo diez páginas nos separan de 1886, cuando el concluyó su *Historia civil*. Le acompañaremos hasta el final. Luego recurriremos a algunas noticias de la prensa par cubrir sus silencios elegidos hasta finales del XIX, pues él murió con el desastre del 98 a cuestas. Ya lo advertimos antes, a D. Miguel no le gustaba ejercer como periodista.

Durante la regencia de María Cristina la política local no trajo demasiadas mejoras a Úbeda. Como novedad de los tiempos aparecen merodeando por Úbeda algunas partidas de carlistas. Ello obliga a las autoridades a crear milicias de defensa y a cerrar las puertas de la ciudad para evitar entradas de tropas carlistas, que tomaban rehenes y numerosos botines. Por entonces se venden bienes desamortizados de los conventos. Unas ventas que se hicieron muchas veces con métodos fraudulentos. En general hubo bastantes signos de anarquía, siendo muy peligrosa cualquier salida al campo, por la permanente presencia de salteadores en los caminos. Sólo hacia 1840 se dictaron bastantes normas para el mejor gobierno local (policía urbana, alumbrado público y obras en los caminos). Sin embargo era muy difícil que prosperase cualquier iniciativa de gobierno liberal por los constantes enfrentamientos partidistas. En 1834, con Isabel II todavía niña, Úbeda sufre una situación adversa, que relata así Ruiz Prieto: «El año 1834 fue muy aflitivo para Úbeda, porque a las revueltas políticas y la escasez de recursos, se añadió la presencia de la epidemia de cólera, para impedir la cual se habían hecho rogativas, acordadas en el mes de abril. El 19 de julio declararon los médicos que había en la ciudad casos de cólera; se prohibió enterrar cadáveres en las iglesias, y se mandó poner en uso el cementerio que se había señalado junto a la ermita de san Ginés, en el haza de Catalina Mata. En los libros del archivo consta que la epidemia no hizo tantos estragos como en otras poblaciones, pero nuestros padres contaban que hubo muchísimas víctimas, amén de las que ocasionó la miseria»<sup>37</sup>. Este interesante documento nos aporta pistas para entender la resistencia al

cambio de los ciudadanos, que no aceptaban la orden que diera Carlos III para clausurar los enterramientos en iglesias. También nos indica la visión de la historia del tiempo presente que empieza a tener D. Miguel, quien se fía más de lo que le contaron sus padres, de la historia oral, que de lo que escribían los políticos del XIX en documentos oficiales. Otro detalle interesante es el notar algo que aflora con frecuencia en sus escritos: las alusiones a la pobreza que padece su pueblo durante largos periodos de la historia. En esta línea vamos a reproducir otro texto de nuestro historiador alusivo al año siguiente: «En el año 1835, se hacen constar los apuros del municipio y la miseria del pueblo, por la escasez de las cosechas en los años anteriores, y se da cuenta de que muchos pobres se morían de hambre. Se fundó un hospicio para albergar a los pobres con aprobación de la reina gobernadora, por real orden de 17 de marzo. Igualmente se nombró una junta para el régimen y dirección de las escuelas de primeras letras»<sup>38</sup>. No es la primera ni la última vez que Ruiz Prieto dedica parte de su relato a las escuelas y los maestros de Úbeda, lo que indica cuánto le interesaba tal asunto, así, llegado el año de 1846 alude a la mejora de la ciudad apoyándose en estos signos: «Este año se hicieron mejoras en la población, se aumentaron sus rentas, se dio mayor impulso a la instrucción pública, tanto por parte del ayuntamiento como por la inteligente gestión de D. Felipe Santiago Morenilla, que desde 1842... venía desempeñando su magisterio con celo, inteligencia y cariñosa solicitud, que la presente generación recuerda con deleite. Morenilla fue un modelo de hombre honrado, maestro inteligente y cariñoso, y dejó discípulos tan eminentes, que después han sido y son verdaderos apóstoles de la enseñanza»<sup>39</sup>. Este profundo respeto a un maestro nos parece algo remoto, tristemente desaparecido y nos aproxima mucho a los valores humanos que poseían nuestro personaje, quien continúa su crónica aportando detalles interesantísimos sobre la educación que se impartía

<sup>36</sup> Ibidem, op. cit, pg. 232.

<sup>37</sup> Ibidem, pg. 233.

<sup>38</sup> Ibidem, pp. 233-234.

<sup>39</sup> Ibidem, pg. 239.

en Úbeda durante el reinado de Isabel II<sup>40</sup>. Pero volvamos al año en que esta reina empieza a regir los destinos de España.

Sobre 1843 Ruiz Prieto cuenta que fue pésimo para Úbeda: la ciudad padece huracanes, plaga de langosta, y constantes enfrentamientos políticos, lo que hizo que el ejército tuviera que asegurar el orden público. Poco a poco las tensiones se fueron suavizando, lo cual permitió que se tomaran algunas medidas acertadas de gobierno local. Medidas entre las que destacan las de protección a la muchedumbre de pobres que tenía la ciudad: más de 1.500 familias pasaban hambre en 1849. Precisamente la revolución de 1854 tuvo como telón de fondo el tema de la abolición del llamado impuesto de los consumos, que provocó en Úbeda importantes disturbios populares. Pero nuestro historiador tiene ya mucha prisa por acabar esta historia que se le hace periodismo entre las manos, resumiendo largos e importantes sucesos que él vivió directamente, como militar, con frases como ésta: «*Están tan próximos los sucesos de 1854 y 1868, que nos abstenemos de hacer juicios por falta de competencia, y sólo hacemos ligeras indicaciones*»<sup>41</sup>. Nosotros sabemos, por otras fuentes consultadas que hasta que estalla la revolución de 1868, que acabó con el reinado de Isabel II, Úbeda no progresa y es manifiesta la corrupción política, aunque también había políticos honrados que ponían todo su empeño en paliar la pobreza de los más desfavorecidos. Uno de los momentos más duros fue el año de 1855, cuando una epidemia de cólera mató a gran número de vecinos. Nosotros terminamos la imagen que ofrece Ruiz Prieto sobre la Úbeda de estos años respetando la literalidad de los últimos que escribió en su *historia civil*. Prisa, mucha prisa, tenía nuestro historiador ahora, cuando resume en pocos renglones varios años de turbulenta historia de España: «*La revolución de 1868, tuvo por un lado progresos liberales y por otro graves consecuencias. Trajo el abandono de la corona de España por Isabel II, una guerra civil desastrosa, y otra separatista, en Cuba, más desastrosa aún. Vino luego la nueva monarquía con D. Amadeo de Saboya, Renuncia de éste al poco tiempo, y por sorpresa llegó la república, que se sostuvo dos años,*

*entre tremendas convulsiones. La reacción se hizo en medio de tanta agitación, Se proclamó al príncipe don Alfonso XIII, hijo de doña Isabel II, rey de España; joven caballeroso y valiente. Concluyó la guerra civil e hizo pensar y sonar las más halagüeñas esperanzas, que quedaron agostadas en flor con su prematura muerte en el mes de noviembre de 1885. su esposa la reina doña María Cristina, quedó de regente en el reino, y poco después, el 17 de mayo de 1886, dio a luz un príncipe, al que se puso por nombre Alfonso XIII, que vive bajo la cariñosa tutela de su virtuosa e inteligente madre. Quiera Dios que el augusto niño esté llamado a restablecer la paz y tranquilidad de esta trabajada nación, y a aumentar en la historia las brillantes páginas que enaltecen a sus antecesoros los Alfonsos*»<sup>42</sup>. Ruiz Prieto, que no tuvo hijos, parecía redactar un cuanto para acabar una historia larga, seria y rigurosa. Se trataba de un epílogo, nada más. Creemos que él sabía mientras redactaba estos renglones que el futuro de España no era tan esperanzador como quiso plasmarlo. Pero soñar no cuesta nada. Nosotros descubrimos otras cara de esta historia repasando lo que cuentan algunos periódicos locales desde 1886 hasta 1898, el año del desastre colonial, cuando a Ruiz Prieto ya lo llamaba la muerte.

## UN FINAL DE SIGLO EN CRISIS Y UNA PRENSA EN AUGE EN LA CIUDAD DE LOS CERROS

Según nos cuentan los periódicos y algunos cronistas locales, tras revolución «Gloriosa», que tantas expectativas de cambio había levantado ente sectores progresistas, en Úbeda hubo pocas mejoras. Respecto a la primera República (1873-74), sus descalabros pasaron en la ciudad sin

<sup>40</sup> Ibidem, añade que «había en la población dos maestros de latinidades: D. Basilio Torres y D. Felipe García. El primero fue director de un colegio de Latinidades de segunda enseñanza, que se estableció en el convento de la Trinidad... y se abrió con solemnidad el 1 de octubre de 1846. En él se admitieron niños pobres, por solo los derechos de matrícula...».

<sup>41</sup> Ibidem, pg. 241. Remitimos al apartado que dedicamos a la biografía de Ruiz Prieto, en la que aludimos a su participación hechos revolucionarios de la época.

<sup>42</sup> Ibidem, pp. 241-242.

pena ni gloria, aunque ya es bastante que no se produjeran sucesos graves en el orden público con el cambio de régimen. Cuando dimite el último gobierno republicano, en enero de 1874, Úbeda será gobernada por sectores conservadores, que, según la versión que nos ofrece el historiador local Juan Pasquau, hacen lo que pueden por aliviar la pobreza de muchísimos vecinos y adecentar el deteriorado casco urbano<sup>43</sup>. También se traslada ahora el Ayuntamiento a la sede actual, ubicándose en él los importantes fondos del archivo histórico municipal, que fue ordenado por vez primera por Miguel Ruiz Prieto. En este estado de cosas fue proclamado rey Alfonso XII y Úbeda celebra fiestas en diciembre de 1874 por este motivo. Luego hubo de todo un poco: fiestas por los dos matrimonios del rey Alfonso XII, y por el nacimiento de su heredero póstumo, Alfonso XIII; funerales por la prematura muerte de la primera reina, María de las Mercedes y la de Alfonso XII. También son días de luto los que coinciden con la helada de los campos en 1876 y plaga de langosta de 1877, y con la terrible sequía de 1882. Este año se estableció la audiencia de lo criminal en Úbeda, mientras que los conflictos en Cuba comienzan a hacerse notar en los bolsillos de los contribuyentes. Mucho peor fue el año de 1885, atacada de nuevo la ciudad por una epidemia de cólera morbo. Epidemia que guarda relación con el deplorable estado sanitario de la ciudad, y que había denunciado claramente en un artículo de la prensa local uno de los seis magníficos médicos que tenía Úbeda: el higienista que modernizó el hospital de Santiago, Joaquín María Cuadra<sup>44</sup>. El mecenazgo que ejercen algunos ubetenses ilustres, como Don José Gallego Díaz (nombrado Director General de Obras Públicas en 1886), el Senador Don Ignacio Sabater, o el político y escritor Don Eugenio Madrid, por citar algunos ejemplos, hace posible que se lleven a cabo mejoras en la ciudad, especialmente en lo relativo a reformas urbanas. Reformas que van cambiando la fisonomía de Úbeda lentamente: se construyen los jardines de «La Coronada», llega la luz eléctrica, se hacen gestiones para edificar un mercado de abastos, etc. Pero las rivalidades políticas entre conservadores y liberales

entorpecen estas iniciativas, agravada la situación por más epidemias, como la de viruela en 1887, y años de sequía, caso de 1891. Y el siglo se cierra en la política local con asuntos como éstos: en sesión de cabildo de 11 de agosto de 1897 se manifiesta el dolor y la indignación por el asesinato de Cánovas, figura clave de la Restauración. Se acuerda celebrar funerales por su alma y poner su nombre a una calle; en noviembre de 1898 se adhiere la ciudad a la petición de los dominicos de Sevilla de canonizar al Beato Diego de Cádiz. Para entonces el desastre de Cuba ya se ha consumado. Un desastre que afectó profundamente a Úbeda, removiendo los cimientos de su conciencia colectiva<sup>45</sup>. ¿Cómo se ve esto desde la prensa local que hemos consultado?

Comencemos por reconocer que la prensa ubetense de finales de siglo era bastante nutrida y de alta calidad. En ella se refleja el alto nivel cultural de los intelectuales de Úbeda durante el siglo XIX. Es asombroso contemplar el número y la calidad literaria de los periódicos que salieron el Úbeda durante la segunda mitad de esta centuria, abarcando todas las tendencias políticas. Tal es el caso de *El Orden*, (1869) y *El Libertador* (1896), de orientación carlista; *La Ruleta* (1881) y *El Cantón Granadino* (1890), de ideología republicana federal, *El defensor de Úbeda* (1889) y *El defensor de La Loma* (1898) y *El Ideal Conservador*, conservadores, o *La Opinión* (1890), órgano del partido liberal y el periódico de mayor difusión entonces, sólo por poner algunos

<sup>43</sup> Con carácter general remitimos a J. PASQUAU GUERRERO, *Biografía de Úbeda*, Úbeda, 1958, y A. TARIFA FERNÁNDEZ, *Breve historia de Úbeda*, Málaga, 2004. También en A. Tarifa y M. BONACHERA, «Úbeda 1896-1897. Romanticismo y Realismo entre el archivo y la hemeroteca», en *Obra colectiva, homenaje al profesor J. Smolka*, Univ. de Granada, Granada, 2005; M. BONACHERA: «Un periódico ubetense en la Guerra de Cuba. *El Ideal conservador* (1898)», *Boletín del IEG* (en prensa).

<sup>44</sup> Aluden a él J. VALLADARES, *Temas y autores de Úbeda*, Úbeda, 1992 y R. QUESADA, *Úbeda, hombres y nombres*, Granada, 1982.

<sup>45</sup> Para más detalles concretos de sucesos de estos años recogidos en las actas capitulares, remitimos a la obra de G. TORRES NAVARRETE, *Historia de Úbeda en sus documentos* (7 vols.), Úbeda 1998-1999.





cabe reseñar las abismales diferencias que había entre los ricos, que eran pocos, y la gran masa de población pobre, que notó el ataque del Estado liberal a las comunidades religiosas y cofradías que se ocupaban de la caridad. El Estado no supo o no pudo asumir ese problema social, aunque se crearon algunas instituciones laicas dedicadas a la beneficencia, caso de la Junta de Damas que se ocupaba, con poco éxito por cierto, de la Casa-Cuna, ubicada entonces en el hospital de Santiago. En general en los años finales del siglo los sectores sociales marginados pasaron uno de sus peores momentos porque el modelo político liberal no les atendió lo necesario. Sus desgracias las solían olvidar disfrutando de los festejos que se organizaban en la ciudad. La afición más extendida era la taurina, dándose la paradoja de que en plena crisis de subsistencia se construyó en Úbeda una magnífica plaza de toros, usando el espacio, y hasta parte de los materiales, del desaparecido convento de San Nicasio. Desde 1847 hubo notables fiestas taurinas en este coso, por el que pasaron las más importantes figuras del toreo de la época, caso de «Lagartijo», que tomó en esta plaza la alternativa en 1865. Generalmente se destinaban parte de los beneficios de esta fiesta a la beneficencia local.

Se ha afirmado en algunas fuentes escritas que en España hasta poco antes de consumarse el desastre del 98 nada parecía turbar la apacible vida de los rincones de sus pueblos. Pero eso no era así en modo alguno. La prensa de la época es testigo del triste final de siglo que se avecinaba y los hombre inteligentes que vivieron estos años también lo notaban, caso de Miguel Ruiz Prieto. Lo que sí parece suceder es que otros muchos ciudadanos, y la mayoría de los políticos, practicaban la táctica de la avestruz, tapando la cabeza ante el peligro. Esa es la sensación que parece emanar de las fuentes históricas que hemos consultado en el caso que nos ocupa, permitiéndonos detectar un antes y un después del desastre en Úbeda, ello a la luz de su prensa local, una prensa por cierto de larga vida y que en su momento tuvo peso específico en el periodismo andaluz<sup>46</sup>.

Algunas noticias que tomamos de *El Eco Ebdetense*<sup>47</sup>, en 1861, no llaman la atención. Era un «Semanario de Literatura y Artes», y se le nota. En la sección de anuncios se promocionan numerosos libros y revistas de temas religiosos, como *El Año Cristiano de Croisset*. Otras obras anunciadas son la famosa *Historia General de España* del padre Mariana y ediciones del *Diccionario de la Lengua*. Hay preocupación por la cultura es este modesto semanario. El precio del grano en el mercado era de 33 reales la arroba de trigo, 22 la cebada y 37 los garbanzos. La carne más cara era la de ternera y la más barata, la de cabra. El periódico se editaba en la imprenta Martínez y compañía, en Úbeda. Pero no todo era cultura y arte: en el número 2, de 4 de septiembre, se felicita al ayuntamiento por sus gestiones para establecer un telégrafo, y nos cuentan que «*Si el gobierno de S.M. tiene en cuenta, como es de esperar, que nuestra población es la más importante de la provincia, después de la capital, por su vecindario, su riqueza, su comercio y situación topográfica, creemos que nuestras aspiraciones... se verán cumplidas...*». ¿Era cierta esa información que coloca a Úbeda como la población más importante? En el número siguiente este semanario se implica directamente, en su editorial, en la defensa de los «*interesas materiales de nuestra localidad*», dejando claro que no habrá progreso hasta que no se mejoren las comunicaciones de Úbeda, que eran pésimas. En otro número, al hablar de los preparativos para la feria de San Miguel, se ofre-

<sup>46</sup> La prensa local es una de las fuentes históricas más materialmente amenazadas de una desaparición total inminente. Hay bastante desidia institucional para proteger este tesoro documental, algo que no entendemos. Agradecemos en este punto la labor que realizan personas particulares de Úbeda que custodian estas fuentes y nos han permitido consultarlas. Nuestra gratitud a D. Natalio Rivas, D. Luis Monforte, D. Agustín Palacios, Dña Rosa Liaño y D. J. A. Almagro por las facilidades que obtuvimos para consultar sus archivos privados.

<sup>47</sup> Una reseña sobre este periódico en A. PALACIO MARTÍNEZ: «Villanueva del Arzobispo y *El Eco Ebdetense*», en *La Moraleja*, Villanueva del Arzobispo, marzo de 1999, pg. 47. Es la publicación más antigua de Úbeda. Se inició en agosto de 1861 y tuvo un vida corta, hasta el 29 de diciembre de 1861. Costaban ocho reales tres meses de suscripción.

cen más noticias esperanzadoras, como los arreglos en las calles, especialmente en la de La Trinidad «para las Escuelas Pías que verificarán en breve su apertura..en el Casino primitivo, modelo de buen gusto, y... en el de Artesanos, donde se oyen las entusiastas notas que arroja el magnífico piano que acaban de traer, y donde ejercita su habilidad y conocimientos... el siempre deseado D. Juan de la Cruz Moreno». Pero de todos los acontecimientos citados, lo que más interesa a la redacción de este semanario es la apertura del colegio de Escolapios, que fue inaugurado solemnemente el domingo 6 de octubre de 1861, bajo la presidencia honorífica del Marqués de la Rambla. Los actos programados para tan importante evento culminaron con una función religiosa y «a la una del día se repartirá una limosna a los pobre en el patio del colegio», una noticia que nos instala en la realidad de una ciudad con más sombras que luces cuando avanzaba el siglo XIX. El año finaliza casi a la vez que se clausura este semanario, que dedica la editorial de su último número a hablar de la moda y el lujo, al que sigue un artículo firmado por Juan de Dios Molina, una necrológica al párroco de Rus, Juan Casado, muerto a los 28 años. En ese mes navideño todo se vende más caro en la plaza<sup>48</sup>. Y la vida sigue.

En la década de los 80 otro semanario esté en la calle: es *El Ubetense*, «periódico semanal, literario y de intereses locales». La suscripción trimestral costaba 1,25 pesetas. En el número 18, de 31 de agosto de 1884, especial interés tiene una columna en la que se resume la vida municipal, y la miscelánea, que firma el periodista Juan Ruiz del Valle. En números sucesivos sabemos sobre el proyecto de ornato de algunos edificios que acomete el ayuntamiento, caso del hospital de Honrados Viejos del Salvador. En una nota dirigida al Gobernador se le informa de que «en esta localidad sólo existía un Hospital administrado por el ayuntamiento», un tema relevante en tiempo de epidemias, cuando todos los recursos sanitarios eran pocos. Precisamente el mismo periódico cuenta que «el 29 de los corrientes, nuestro respetable y querido amigo D. Balbino Quesada, acompañado de su apreciable familia, se marchó a los baños de Archena para encargarse de la dirección facultativa

de los mismos»<sup>49</sup>. Úbeda perdía por un tiempo a uno de sus mejores médicos, Archena ganaba otro. El tema de las aguas medicinales estaba en pleno auge y el cólera la principal preocupación. El ayuntamiento lanza circulares para extremar las medidas que evitaran el contagio, incluida la de habilitar locales que hicieran de hospitales improvisados llagado el caso, declarando que «los médicos matriculados que existen en la localidad son seis y un practicante... (y que) en esta localidad hay un antiguo edificio denominado la Ermita de Madre de Dios del Campo, distante unos dos kilómetros extramuros de la población, el cual puede servir de lazareto...»<sup>50</sup>. El cólera, aquella epidemia que recordaban amargamente los padres de Ruiz Prieto, avanzaba implacable desde Madrid y Alicante. El alcalde teme que la feria sea causa de contagio y se habla de suprimirla ese año, pero el clamor popular ante el jolgorio pudo más que el sentido común: con gigantescas letras se anuncia que la «La antigua y acreditada feria de esta Ciudad que estaba suspendida por orden superior, se celebrará desde el día 29 del actual, en los términos de costumbre»<sup>51</sup>. Firman el bando el alcalde, Francisco A. Torrente, y el secretario, Juan de Dios Molina. Hubo feria y llegó el cólera que mató a muchos ubetenses. Estos temas los podemos contrastar con los que ofrece otro periódico ubetense coetáneo del anterior, *La Ruleta*, «periódico político joco-serio», que se publicaba los jueves. En el número 143, con poco humor, se habla del cólera, y se trata el tema de la persecución política a los periodistas críticos con el gobierno. Hay largos «apuntes sobre el tratamiento preventivo y curativo del cólera morbo asiático, según la escuela homeopática del Dr. d. Pedro Braum»<sup>52</sup>. Nada cuenta de la conveniencia de prohibir una feria.

<sup>48</sup> Hemos consultado los número de este semanario en la biblioteca de Agustín Palacios, a quien agradecemos su amabilidad.

<sup>49</sup> *El Ubetense*, 31 de agosto de 1884. Archivo de A. Palacios.

<sup>50</sup> *Ibidem*, 7 septiembre de 1884.

<sup>51</sup> *Ibidem*, 28 de septiembre de 1884.

<sup>52</sup> *La Ruleta*, 31 de julio de 1884. Archivo de L. Monforte.

Así nos trasladamos a otro periódico y a otra década, la de los 90, de la mano de una publicación de los liberales que tuvo más larga vida: *La Opinión*. Nos enteramos, por un número de 18 de agosto de 1895, de que en Úbeda se vende las afamadas «píldoras del Tajo» que curan todas las calenturas intermitentes; se habla de la patria y de la guerra de Cuba, afirmando que «los que vuelvan traerán la aureola envidiable del guerrero que luchó con denuedo... allá en la mortífera manigua»; se celebra el éxito de las ferias de Almería; se lamenta la muerte del reconocido industrial afincado en Úbeda Juan Antonio Gutierrez, y se dice que en Granada se ha constituido una sociedad «con objeto de proceder a la construcción de una Gran Vía, como la tienen todas las poblaciones modernas...»<sup>53</sup>. Sin duda era más cosmopolita este periódico, que se vendía dentro y fuera de Úbeda a 1,50 pesetas el trimestre. Un periódico que nos anuncia en otro número, de 1896, que «Ayer vio la luz en nuestra ciudad un nuevo semanario con el título de *El Libertador*, el cual propagará y defenderá las doctrinas del partido tradicionalista»<sup>54</sup>. Por la prensa sabemos que la gripe causa estragos entre los vecinos de Úbeda y la filoxera daña los viñedos. Que un niño fue atropellado «por uno de los carros que hacen el servicio de transportes entre esta ciudad y la Estación de Baeza». Y que el carnaval hace que el pueblo olvide sus problemas durante tres días.

Ese mismo año de 1896 salió a la calle un número extraordinario de *La Opinión*. El motivo de este extraordinario fue celebrar las ferias de San Miguel y la conquista cristiana de la ciudad. Este periódico tenía sesenta páginas ilustradas que hacen desfilar ante nosotros el paisaje de Úbeda de hace más de cien años,<sup>55</sup>. Costaba una peseta, precio inalcanzable para la mayoría de los obreros y campesinos. Es pues un periódico hecho y por y para la burguesía local pero nos ha dejado uno de los mejores testimonios de lo que era un buen periodismo y un retrato magnífico de Úbeda poco antes de que el desastre del 98 acabara con cualquier optimismo.

Así nos acercamos al final de la vida de Ruiz Prieto, atacado por una cruel enfermedad el mismo año que se consuma el desastre colonial del

98, suceso con el que cerramos este trabajo. En un año en que unos, como Eugenio Madrid, defienden el progreso y otros se niegan a aceptar que la luz eléctrica cambie sus vidas, exclamando: «Con petróleo se alumbraron nuestros abuelos, con petróleo nuestros padres, y una lámpara de petróleo iluminaba la alcoba de nuestra santa madre la noche en que nosotros vinimos al mundo. Queremos pues morir a la luz del petróleo...»<sup>56</sup>. Por entonces no habían mejorado casi nada las comunicaciones con el exterior, fracasado un proyecto de ferrocarril, Úbeda tenía una estafeta de quinta clase, subalterna de Bailén, saliendo el correo sólo tres veces a la semana. Dos diligencias hacían dos viajes diarios a la estación de Baeza. Esas eran las únicas posibilidades de asomarse al exterior, además de la oportunidad que brindaban las ferias de San Miguel, con sus inevitables espectáculos taurinos, atracción de vecinos y forasteros<sup>57</sup>. No es extraño que una feria, la de 1896, fuera el motivo de la publicación de un periódico como éste, retrato de una ciudad en los últimos años del siglo XIX. Hagamos un rápido recorrido por su páginas.

Preside la portada del periódico, bajo el epígrafe «Úbeda monumental», una fotografía de la fachada principal del Salvador, tumba de Francisco de los Cobos, dedicándose además al tema la primera colaboración literaria firmada por García Pretel. Este columnista<sup>58</sup> termina su ex-

<sup>53</sup> *La Opinión*, 18 de agosto de 1895. archivo de A. Palacios.

<sup>54</sup> *Ibidem*, 23 de febrero de 1896.

<sup>55</sup> Un fenómeno no exclusivo de su época. Por ejemplo, en la nuestra, aparte lo críptico de las críticas de algunos suplementos literarios de diarios, se ha observado que los poetas escriben solamente para poetas su poesía, en ese sentido a cual más distintos y distantes de sus predecesores tan populares, pongamos por caso Zorrilla, Bécquer y Campoamor.

<sup>56</sup> J. PASQUAU GUERRERO, *Biografía de Úbeda*, Op. cit, pg. 493.

<sup>57</sup> *Ibidem*, pp. 496-8 y 473-6. Esta época está tratada en A. TARIFA FERNÁNDEZ, «Úbeda en la época contemporánea. Mentalidad y memoria colectiva desde la Peña de San Miguel», en *El Toro de Caña. Revista de cultura tradicional de la provincia de Jaén*, núm 2 (1997), pp. 309-48.

<sup>58</sup> Biografiado a renglón seguido por el director Coco, con fotografía incluida.

posición con siete renglones, en los cuales sin embargo deja traslucir algo de pesimismo después de lo mucho por él vivido: «*El siglo XIX, el siglo del vapor y del buen tono, como sarcásticamente le llamó un poeta contemporáneo, no legará a los venideros ninguna de esas creaciones del arte que ennoblecen el alma y elevan el espíritu, juzgándolo por el contrario de groseras materialidades... El ateo no puede ser artista*». También se recoge una interesante carta, una carta escrita por un religioso, el padre Ángel Vinagre Alonso a Rafael Gallego Díaz, sobre el tema de Úbeda durante la dominación «árabe». Por ella sabemos de la notable biblioteca que entonces tenían en la ciudad los Escolapios. Entre sus fondos había una colección de obras musulmanas editadas por Codera, acopiadas gracias a la generosidad del Ministerio de Fomento y el generoso mecenazgo de Gallego Díaz<sup>59</sup>. Miguel Ruiz Prieto, ya muy enfermo, fue invitado a colaborar. Sólo puso sus iniciales para firmar un magnífico artículo sobre el convento de la Trinidad. El género poético, entonces muy en boga, llega de la pluma de Antonio Almen-dros Aguilar. Luego se retratan para la posteridad los políticos locales, y con optimismo poco fundado, nos cuenta que Úbeda había progresado mucho desde el 68.

Este número extraordinario está plagado de semblanzas biográficas que nos permiten conocer a la oligarquía local del momento, caso de don Bernardo Orozco y Moreno, marqués de La Rambla, y don Pedro Pasquan González, de partido conservador, Adriano Moreno y L. Garrido Latorre, ya citado, uno de los mejores periodistas del momento, fundador de numerosos periódicos de tendencia federalista (*El Trovador de la Loma*, transformado en publicación literaria, *La Crónica Ubetense*, *La Nueva Propaganda*, *El Cantón Granadino*, entre otros). Hombre pues tan comprometido como apasionado este notario-periodista-político federalista, que padeció por algún tiempo las iras de Clarín y Sánchez Pérez en *El Solfeo* de Madrid, para acabar luego gozando de la amistad de ambos, hasta el extremo de haberle presentado el director de ese periódico de la Villa y Corte para la Sociedad de Escritores y Artistas Españoles. Biografiados son otros

muchos hijos notables de aquella Úbeda finisecular. Así Balbino Quesada, médico, escritor científico, al que califica como «un obrero infatigable en la lucha por la vida», y el Prior Galey, un humanista cristiano que era entonces párroco de San Pablo de Úbeda. Naturalmente encontramos un artículo dedicado a Alfredo Cazabán, del que se dice es «*el hombre que ha realizado el milagro de vivir de la pluma*». También es muy bueno el retrato humano del insigne político y escritor don Eugenio Madrid Ruiz, de quien se reproduce un poema que reza así: «*Mi biografía. Cursé en el Instituto provinciano/ siendo Muñoz Garnica director./ Luego estudié la facultad mayor/ en la Central, en tiempo de Moyano./ Fui después progresista y miliciano./ provincial diputado y senador./ Siempre tuve a Sagasta- por mi honor-/de jefe indiscutible y soberano./ No me dio la política un real/ y hasta el billete que en el tren tomé/ data fue diminuta en mi caudal./ Jamás de credo ni opinión mudé,/ ni en el querer a mi país natal./ Éste soy yo,/ ya me conoce usted*». En cuanto a la semblanza personal de Gallego Díaz, acaso el hombre más influyente que Úbeda tuvo en esa época, la hace Adriano Moreno, que dice sobre este político: «*...el señor Gallego, en fin, con Serrano y con Benavides<sup>60</sup>, es uno de los hombres más importantes de la provincia en nuestro siglo*». Naturalmente que el propio Gallego regala al número una larga colaboración, que es un lujo para el historiador de cualquier época, titulada *Las murallas de Úbeda*. Efectivamente sabía mucha historia ese político. Pero de todas las colaboraciones que recoge este periódico, ninguna más oportuna para el momento que la que realiza el radical republicano Gabriel Molina: ingeniero, orador, filósofo, en el artículo *El carácter ubetense* fue el único ubetense ilustrado que en ese año de 1896 percibe claramente la crisis de España mirando a sus paisanos. Su

<sup>59</sup> Pasquan Guerrero dedica un capítulo de su libro (pp.563-75) a personajes ubetenses, donde tienen su lugar las reseñas de algunos de los colaboradores que vamos a citar. De Gallego Díaz, nacido en 1843, consta tuvo varios cargos públicos, y estaba en posesión de la Gran Cruz de Isabel la Católica.

<sup>60</sup> Antonio, el ministro, de conocida familia de Villacarrillo, hermano del cardenal-arzobispo de Zaragoza.

artículo, casi al final del número, echa por tierra las glosas laudatorias que han venido proliferando en otras colaboraciones. Él ve a los ubetenses «desproporcionados en el desarrollo de las facultades imaginativas y reflexivas», sin conciencia social, apáticos, perezosos, apegados al terruño de forma enfermiza, profundamente envidiosos del éxito ajeno, carentes del estímulo empresarial, patológicamente ahorrativos, como si pensarán disfrutar en la tumba de sus riquezas acumuladas. Los ubetenses son, en fin, la antítesis de los valores fenicios, y la sombra de «las razas indias de las que se dice...entierran con su cuerpo gran parte de sus bienes». Muy crítica esta colaboración pero ilustrativa del drama que se avecinaba tras esa feria de San Miguel de 1896. La guerra de Cuba ya había empezado pero pocos querían ver el desastre que se avecinaba. Solo un divertido artículo titulado *Mi papelera*, de Eugenio Madrid, pleno de humor crítico, inteligente, se burla de los vicios sociales del momento. La realidad era otra: los marqueses de Cullar de Baza, residentes en su palacio de la Plaza de san Pedro, son retratados en «noche de recepción grande», y los marqueses de los Bussianos celebran otra fiesta en la galería alta de su mansión de la Trinidad. Sólo en estas ocasiones aparece una imagen femenina. Las mujeres eran, casi exclusivamente, los ángeles del hogar. La mitad de la población de Úbeda era invisible para la prensa del XIX, cuando los habitantes rondaban los diez y nueve mil, muchos de ellos pobres jornaleros. Y así llegamos al último acto, el desastre del 98 magníficamente reflejado en otro periódico de Úbeda<sup>61</sup>.

## UN DRAMA POLÍTICO Y UN PERIÓDICO EXTRAORDINARIO: *EL IDEAL CONSERVADOR* (1898)

Conocer las causas que llevaron a España al desastre, material y espiritual, finisecular, y analizar sus consecuencias hasta nuestra historia más reciente, sigue siendo algo muy complicado. Pero acaso sean los periódicos del momento los mejores medios para intentarlo al menos. Precisamente el número extraordinario que publicó *El*

*Ideal Conservador* para recabar fondos destinados a los soldados que luchaban en Cuba es un magnífico ejemplo de lo que afirmamos<sup>62</sup>. Es un patético periódico, recaudador de calderilla para unos soldados españoles agonizantes allende el océano. Es un retrato del contraste que existía entre la España real y profunda de cada pueblo y la España que defendían los políticos y los intelectuales<sup>63</sup> de Madrid, a quienes los árboles no dejaban ver el bosque.

Cuando Úbeda celebraba las ferias de San Miguel del año 1897 las cosas para España iban de mal en peor en el asunto cubano. En enero Martínez Campos había sido sustituido por el duro Weyler; éste fue destituido en octubre de 1897 por Sagasta, asesinado Cánovas<sup>64</sup>. Los cambios políticos internos repercuten en el giro de guerra de Cuba<sup>65</sup> cuando la cuenta atrás ha empezado. En el Ayuntamiento de Úbeda se siguen los acontecimientos con preocupación y en una sesión extraordinaria, de 25 de abril de 1898, se abrió una suscripción, englobada en la nacional para llevar ayuda a los españoles que resistían en las últimas colonias. El ayuntamiento encabezó la suscripción tres mil pesetas. Tres días después, a las cuatro de la tarde, tenía lugar una nueva reunión patriótica de las «fuerzas vivas»<sup>66</sup>.

<sup>61</sup> Agradecemos la consulta de este número extraordinario a Dña. Rosa Liaño. Archivo de Juan Pasquau.

<sup>62</sup> Con mayor amplitud se trata el tema de Úbeda en el 98 en M.A. BONACHERA: «Un periódico ubetense en la Guerra de Cuba: *El Ideal Conservador*» (1898), en *BIEG*, n.º 190 (en prensa), y «Úbeda y el desastre colonial del 98 en la prensa local», en *Revista de la Feria de Dos Hermanas*, Dos Hermanas (Sevilla), 2005.

<sup>63</sup> Cfr., J-L. CALVO CARILLA, *La cara oculta del 98. Místicos e intelectuales en la España del fin de siglo, 1895-1902* (Madrid, 1998); y José Andrés Gallego, *Un 98 distinto* (Madrid-Ávila, 1998).

<sup>64</sup> El ayuntamiento ubetense expresó su indignación por el crimen, según queda reflejado en el Archivo Histórico Municipal, Actas Capitulares, 11 de agosto de 1897. En septiembre se acordó dar su nombre a la calle del Rastro.

<sup>65</sup> Puede consultarse R. CARR, *España, 1808-1975* (Barcelona, 1988) 337-72. Un curioso trabajo para conocer el ambiente que se vivía en Cuba es el de Enrique Pérez Piqueras, «Diario de operaciones en Cuba, por el teniente de infantería don Enrique Piqueras Conesa», en la *Revista de historia militar* 49 (1997) 201-22.

<sup>66</sup> AUM, Actas Capitulares, 25 y 28 de abril de 1898.



Portada de *El Ideal Conservador* (10-XII-1897).  
 Archivo de Luis Monforte

Así llegamos a nuestro otro número de la prensa local: el extraordinario de *El Ideal Conservador* de 1898<sup>67</sup>.

Este periódico cual salió a la calle en junio, habiendo sido editado en la imprenta La Loma, de Santiago Hernández, ubicada en el número 21 de la calle Real. Son diez y ocho hojas para treinta y cuatro colaboraciones, todas pesimistas, muy alejadas del espíritu desenfadado y tranquilo que rezumaba su colega de dos años atrás. A algunos colaboradores de entonces se unieron firmas nuevas. Echamos de menos la pluma del ácrata Gabriel Molina. También faltan Pretel, el padre Vinagre, Ruiz Prieto, León Esteban, López Almagro, el sacerdote Godoy, Ruiz del Valle, Juan Malo, Díaz Hidalgo, Gallego, Diego Moreno, Coco, Leandro Sanmartín y García Galiano. ¿Dónde están ahora? Las colaboraciones

desprenden dolor, pesimismo, rabia infinita, resignación, pero por encima de todo victimismo. La culpa del desastre la tienen los otros, especialmente esos diablos llamados yaquees, cargados de oro, pero sin honor. Y puestos a destacar alguna colaboración, vamos a quedarnos con las firmas que repiten, por ser de los que habían escrito en el «antes», en el optimismo de 1896, cuando ya se está en el «después», dos años más tarde.

Eugenio Madrid, uno de los hombres más de Úbeda, traza un dramático paralelismo entre «la noche triste de Hernán Cortés, el 1 de julio de 1520, y esta otra triste noche del 30 de abril de 1898, cuando una nación ambiciosa y falaz, que odia a España y desdeña a Europa, logra la más deleznable victoria en Cavite». Sáez Quesada, que se deleitaba en poesías sobre las bellas mujeres de Úbeda, ahora compone una oda, titulada *Despedida*, imaginándose el dolor de los soldados que iban a una muerte segura. Gabriel de la Poza, al que antes vimos responder a las críticas de su tocayo Molina con un canto enervorizado a las grandezas ubetenses, apenas se atreve sino a mandar un billete de cien pesetas a la redacción, con cinco renglones de versos rípidos. Pasquan, tan sincero defensor de la autenticidad de todo lo ubetense en 1896, arremete ahora contra los gobernantes ineptos que enviaron al suicidio a los españoles, pero advierte que no es ético aprovecharse del desastre colonial para derivar al régimen un «delito de lesa patria». Francisco Moya, que glosó a la ciudad

<sup>67</sup> Ibidem, Actas Capitulares: El 23 de junio de 1897 se habla de los alistamientos, coincidiendo con un trance de carestía generalizada en la ciudad. El tema seguirá ocupando muchas páginas en los libros de cabildos de los primeros meses del decisivo año siguiente, tramitándose el alistamiento de los mozos comprendidos entre los veinte y los cuarenta años. Ahora los ecos de lo que venía aconteciendo en el resto de España llegaban con prontitud a Úbeda. Los días resultaron largos, especialmente largos a partir del 18 de abril, cuando los Estados Unidos exigieron formalmente a España la renuncia a su soberanía sobre la isla de Cuba, y más desde el 15 de julio, día en que se rindieron las tropas que defendían Santiago. Es en ese intermedio en el que fueron enviadas las colaboraciones integrantes del número en cuestión de *El Ideal Conservador* que nos ocupará, que consultamos en el archivo de J.A. Almagro.

en un largo poema, rememorando la época amarga en que «sufristes bajo el Islam la triste suerte de esclava», manda otro a «*la memoria de los marinos que murieron en las aguas de Cavite*». A estos versos sigue un encendido artículo del director, Manuel Muro, todo un símbolo de la nostalgia del pasado, con el victimismo aludido como telón de fondo, hablando de la necesidad de «nuestra regeneración». Cazabán y Garrido Latorre, con ingenio e inteligencia, nos regalan a su vez una poesía que conecta con el sentir popular: dos supuestas cartas de una pareja de novios, Geromo y Aniya, separados por la guerra. Adriano Moreno, buen conocedor ya en 1896 del problema nacional, demuestra de nuevo estar a la altura de la época en su artículo *Patria y democracia*. Luego de fustigar con saña a los Estados Unidos, advierte que cada revolución trae otras añadidas; Ignacio Coco cambia su tono literario en *Dos cuartillas para la patria*, inflamadas de conservadurismo, evocadoras desde Covadonga a San Marcial, pese a que antes él entendiera el conservadurismo como algo definitivamente olvidado. Y J. D. Molina, que había participado en las revoluciones anteriores, escribe *Mi convicción*, reclamando sangre y justicia. Se remonta lejos, «desde la insolente explotación de los fenicios hasta los yanquis». Está convencido de que España ganará, porque le asisten la razón y el derecho, aunque no tenga cañones ni dólares. Pero aprovecha la ocasión para cargar sobre la responsabilidad de los gobernantes, a los que acusa de corruptos e ineptos, por mandar pobres barcos de madera expuestos al fuego americano. También reproduce este número especial una dolorosa autógrafa de Campoamor. El periódico se cie-

rra con el agradecimiento de la redacción a todos los colaboradores en clave poética, firmada por Manuel Roca Quesada, a saber «*en estos acerbos días/ de pena y desventura,/ de tristezas y amarguras/ que España va pasando,/ cuando de todos sus hijos/ auxilios pide e implora/ y gotas de sangre llora,/ sangre tan escasa ya*».

Nosotros ponemos ya punto final a este trabajo. Ruiz Prieto guarda silencio. Un cáncer de esófago mina su vida. Imaginamos que estas noticias triste serían especialmente duras para él, que pasó su vida en lejanos frentes de batalla. Es evidente que esta Úbeda derrotada que retrata el periódico no es ya la ciudad festiva que vimos en el periódico anterior. Era una ciudad con menos orgullo, con más pobreza y rencor. Pero tenía que seguir caminando, pidiendo limosna para atender a los soldados enfermos que llegaban. Se suprimieron las fiestas del Corpus para recaudar dinero a tal fin. Pero no se suprimió la feria de San Miguel, con sus esperadas corridas de toros. Eso sí, los beneficios de la fiesta taurina se destinaron a los soldados<sup>68</sup>. Ni el cólera antes ni la guerra ahora impidieron que el pueblo se echara a la calle cuando San Miguel, el santo guerrero, les volvía a llamar para su feria. Todo un símbolo.

<sup>68</sup> Acta capitular del 14 de septiembre. El comandante militar había solicitado unos locales para acoger a los soldados que volvían heridos. El consistorio ofreció treinta camas en el hospital de la beneficencia, o instalar a los mozos en sus propios domicilios y ser asistidos allí mismo. Algunas ermitas, Madre de Dios y Virgen del Pilar, fueron sanatorios improvisados. Y en fin, las corridas de toros en cuestión, se destinaron a obtener recursos en beneficio de los tales repatriados.

